BOLSILIBROS

Selección

TERROR

LA NOCHE DEL HORROR

SILVER KANE

Lectulandia

El matrimonio Graf recorría el mundo de ciudad en ciudad luciendo su aire de distinción y señorío casi decimonónico. En todos los lugares que visitaban, aparecían personas muertas sin una sola gota de sangre en sus venas.

Era un viejo ritual que les había permitido seguir viviendo desde hacía siglos y perpetuar su estirpe.

Lectulandia

Silver Kane

La noche del horror

Bolsilibros: Selección Terror - 13

ePub r1.0
liete 03.12.14

Título original: *La noche del horror*
Silver Kane, 1973

Editor digital: liete
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre y la mujer salieron juntos del lujoso Hotel de los Césares, de Roma, y tomaron un taxi que les dejó en la plaza Barberini, junto al nacimiento de la famosa Vía Véneto. Una vez allí, avanzaron por entre los conocidos y rutilantes cafés, donde se reúne lo más interesante —pero también lo más decadente— de una Europa que ya parece estar de vuelta de todo. Eran un hombre y una mujer de edad indefinible, con las facciones algo apergaminadas, vestidos con una irreprochable elegancia que parecía digna de otra época. Él llevaba un bastón con empuñadura de plata —cosa que ya no era usual—, y ella, un valioso abanico chino con piezas de nácar. Viéndolos, cualquiera hubiese podido pensar que eran dos acreditados y riquísimos anticuarios de esos que ya están un poco fuera del tiempo.

En los cafés de Vía Véneto se reunían desde la *starlette* deseosa de situarse, y que exhibía las piernas a ver qué pasaba, hasta el chulo profesional que buscaba su oportunidad, pasando por el turista curioso, el director de cine que persigue una cara nueva y el ricachón que busca también una cara nueva, pero acompañada de otras cosas que sean nuevas igualmente, aunque bastante más diferentes. El hombre susurró:

—¿Qué te parece todo esto, querida? ¿Te gusta Roma?

—No me movería de aquí.

—Sin embargo, yo creo que ha perdido mucho —susurró él—. Demasiados coches, demasiada gente… Todo está perdiendo carácter. Incluso el Vaticano es distinto. Las multitudes que se reúnen en la plaza de San Pedro me parecen insoportables. De todos modos, reconozco que el Vaticano es lo único que tiene una evidente permanencia. Por lo tanto, es lo único que aún me gusta.

Anduvieron hasta los jardines de Villa Borghese y luego volvieron sobre sus pasos. La mujer hizo oscilar graciosamente el abanico y opinó:

—También pienso como tú. El Vaticano es el único sitio donde aún me encuentro como en otros tiempos. Las obras de arte de hace quinientos años… ¡tienen una permanencia tan maravillosa! Y algunas… ¡me emocionan personalmente tanto!

—Cuando uno las ha visto colocar —dijo el hombre, suavemente—, ya no las olvida nunca.

Pasaron de nuevo por delante de los cafés. Y entonces vieron a aquel hombre.

Estaba sentado en una de las primeras mesas y parecía tener la mirada ausente, pero en realidad les vigilaba a los dos. No perdía detalle de ninguno de sus gestos. Fue la mujer, con su mirada de águila, la que se dio cuenta de ello enseguida.

—Fíjate, Graf.

Él se volvió un poco.

—¿Qué?

—Aquel joven. Porque el hombre que les miraba era joven, efectivamente, y vestía con cierta deportiva negligencia. Lo mismo podía ser un campeón de tenis que

un pintor de las nuevas escuelas. O un policía internacional de esos que hablan diez idiomas y lo mismo evitan un secuestro aéreo que birlan una carga de explosivos o defienden a través del mundo un cargamento de diamantes. O huyen de su mujer, que de todo ha de haber en este mundo.

Pero lo inquietante era su mirada.

Aquella mirada gris, enigmática, profunda…

—¿Lo conoces? —preguntó inquisitivamente Graf.

—No, no lo había visto nunca.

—Pues olvídalo.

—Es que me parece que nos está mirando…

—Quizá se ha fijado en tu abanico. Realmente, es una pieza de museo.

—Sí —musitó ella—, reconozco que es una pieza única. Y me dolería tanto perderla que no sé si podría resistirlo. Llevo más de cien años usándola…

* * *

La noticia del *Corriere delta Sera* decía:

> Anoche, en un pozo cuya existencia se ignoraba, sito en un solar de la Vía Fluvia, fue hallado el cadáver en descomposición de Cristina Monitori Scelba, de dieciséis años, cadáver que, al parecer, llevaba ya dos meses depositado en aquel lugar.
>
> Cristina Monitori había sido abandonada por sus padres a los dos años, sin que pudieran ser hallados posteriormente. Ésa fue la razón de que se ocupara de ella una institución de caridad, de la que dependió hasta que fue adoptada hace unos cuatro meses, aproximadamente.
>
> La policía realiza activas gestiones para dar con los adoptantes, que momentáneamente han desaparecido, así como para investigar técnicamente las causas de que la existencia del pozo fuera ignorada por los arquitectos y por los servicios municipales. Por el momento parece que no se cuenta con ninguna pista concreta, aunque se espera que las investigaciones den un pronto resultado.

Esta noticia apareció dos días después de que el matrimonio paseara por la Vía Véneto. No se le dio demasiada importancia, puesto que son docenas las muchachas que cada año aparecen misteriosamente asesinadas en Roma. Una semana más tarde, hasta para la propia policía era un caso rutinario, un poco aburrido, de esos que uno sólo recuerda cuando pega cuatro gritos el jefe.

* * *

El hombre y la mujer aspiraron con desagrado el aire cálido y seco —casi insoportablemente cálido— cuando abandonaron la atmósfera refrigerada del fantástico hotel Arabian, en un extremo de Las Vegas.

En verano el tiempo era insoportable allí. No obstante el hombre vestía con la misma pulcritud que en Roma, y sus ropas oscuras resultaban irreprochables. En

cuanto a la mujer, lucía también una elegancia perfecta, aunque tan pasada de moda que llamaba la atención por lo demasiado seria. Ahora no lucía su abanico, sino una larga boquilla de marfil con la que jugueteaba, mientras las puertas automáticas se abrían ante los dos.

Él musitó:

—Es insoportable. Hace demasiado calor en Las Vegas.

—Siempre lo ha hecho, querido. Y antes era peor. Acuérdate de cuando no existía refrigeración.

—Eso es cierto.

—Ni coches ni ferrocarriles. Todo esto olía espantosamente a piel sudorosa de caballo.

—Lo recuerdo.

—Fue aquí donde encontré esta boquilla. También te debes acordar, ¿no? Aquí no había hoteles ni se pensaba hacer nada. Todo era una inhóspita y espantosa extensión de arena.

—Hum… Claro. Todo ha cambiado muchísimo desde entonces. Aunque debo reconocer que lo único que me gusta es el aire acondicionado.

Y jugueteó con su bastón de empuñadura de plata, mientras llamaba un taxi.

La mujer bisbiseó de pronto:

—Graf…

—¿Qué?

—Fíjate.

—No sé a qué te refieres. No veo nada…

—Desde que tuviste aquel accidente en el castillo de Woldurf, en Renania, ves bastante mal. Deberías esforzarte un poco y prestar más atención. Yo estoy segura de que era él.

—¿Él? ¿Quién?

—El que nos vigilaba en Roma.

—¿Nos vigilaba? ¿Te refieres a aquel joven que nos estaba mirando en un café de la Vía Véneto?

—Sí. El mismo.

—¿Y dónde lo has visto?

—Paseaba en un coche. Estoy segura de que era él.

—Por aquí pasan docenas de coches —dijo Graf, recelosamente.

—Pero yo me fijo en todos. Nadie me convencerá de que no era él. Te lo aseguro, Graf: aquel hombre nos ha seguido desde Europa.

Graf no hizo ningún comentario.

Sólo movió el bastón con un gesto displicente y ante la indiferencia del conductor abrió la puerta del taxi para que la mujer pasara primero.

—No hay derecho —dijo, a media voz—. Se están perdiendo las buenas costumbres. En otro tiempo el chófer se hubiera desvivido por abrirnos él la puerta…

* * *

El encargado de la recepción salió un momento de su sección; anduvo unos pasos por el elegante vestíbulo del hotel y se dirigió al rutilante portero uniformado que vigilaba las entradas y salidas de clientes.

—¿Te has fijado? —preguntó.

—¿En qué?

—En esa mujer. He tenido una sensación extraña. La horrible sensación de que soñaba despierto o de que había bebido más de la cuenta.

El portero le miró.

—No le acabo de entender, señor Morton.

—Pero, hombre… ¡si está muy claro! ¡Esa mujer no era la misma de hace dos días! ¡En dos días ha rejuvenecido veinte años!

El portero bizqueó.

—Quizá tenga razón… Me he fijado en sus piernas. De pronto he pensado: «¡Esta sí que es buena! ¡Ahora resulta que las tiene bonitas!»…

—Asombroso, muchacho. De verdad que ha rejuvenecido veinte años en dos días.

El portero se pellizcó la nariz. Masculló:

—¡Pues sí que tiene cosas el aire de Las Vegas que no sospechaba nadie! ¡Hasta a un loro lo transforma en una tía estupenda!…

* * *

El *Las Vegas Journal* decía:

> Los restos de un joven de veinte años han aparecido completamente calcinados en un horno de cal de Golden Springs, a tres millas de la ciudad. Según los primeros informes del forense llevaba allí veinticuatro horas, aunque el estado de los restos hará casi imposible una investigación detallada. La policía cree en la posibilidad de un accidente, aunque no se descarta un crimen.
>
> Es posible que el joven —a falta de confirmar varios datos— sea William Craig, quien estaba al cuidado de una institución para menores delincuentes, en régimen de prisión atenuada.

* * *

Mientras manejaba una de las máquinas tragaperras que hay incluso en el propio aeropuerto de Las Vegas, la mujer observó que la miraban. En efecto, tenía *algo*, algo que las inexpresivas mujeres de hoy día no suelen tener. En ésta había algo así como una majestad, un señorío que estaban ya fuera del tiempo. Todas las demás mujeres que estaban en el aeropuerto parecían haberse pasado la vida en un *drug-store*. Ésta

parecía habérsela pasado en los salones de Versalles o en las recepciones de gala de la Casa Blanca.

Además tenía una piel maravillosa.

Nada de apergaminada.

Era una piel de nácar, por encima de unas formas de diosa.

Notó que todos los hombres la miraban, pero no dio importancia a eso. En cambio dio importancia a aquellos ojos grises, profundos, que la contemplaban desde la lejanía.

—Graf…

—¿Qué?

—Otra vez es él. Está allí. ¿Lo ves?

Los ojos del hombre chispearon.

Brotó de ellos como una extraña llama de color amarillo.

El hombre formaba ahora con la mujer, una curiosa y desproporcionada pareja.

Parecía veinte años más viejo que ella.

Sin embargo, en Roma habían parecido perfectamente iguales, los dos de la misma edad.

Musitó:

—Sí… Tienes razón. Ahora me doy perfecta cuenta de que nos sigue. Pero es extraño.

—¿Por qué?

—No puede habernos estado siguiendo durante los últimos doscientos años…

CAPÍTULO II

—Este retrato tiene una especial fascinación —dijo Ismael Wantor, el conservador de uno de los museos de la Fundación Rockefeller—. Los expertos lo han examinado ya varias veces y ninguno de ellos comprende cómo ha podido ser creada con tanta perfección la luz inquietante de esos ojos. Yo creo que con el retrato de Isadora Graf se está cometiendo una gran injusticia histórica. La mirada de esos ojos es tan perfecta e inimitable, que debiera de tener en la historia de la pintura universal la misma importancia que la sonrisa de la Gioconda. Opino que, con los años, el retrato que tienen ustedes delante valdrá una auténtica fortuna, y por eso he aconsejado a la Fundación Rockefeller que lo adquiriese para uno de sus museos. La semana que viene podrá ser fotografiado si ustedes lo desean.

Uno de los expertos, que estaba contemplando las últimas adquisiciones del museo, susurró:

—Pero el autor es un desconocido, ¿no?

—Sí —dijo Wantor—. La verdad es que no se le conoce ninguna otra obra que valga la pena.

—¿Y no sería simplemente un hombre sin inspiración, que copiara la realidad con una fidelidad absoluta? Usted ya sabe que hay pintores que ven más allá de la realidad y que descubren su esencia más profunda. Otros son simples máquinas fotográficas. ¿No sería ése uno de esos últimos? Fíjese en que todos los detalles son exactos. Yo pienso que ese artista no hizo ninguna creación. Se limitó a copiar simplemente esa mirada, porque era la mirada que tenía la mujer.

—Muy bien, pero en ese caso… ¡la asombrada sería Isadora Graf! ¡Nunca he visto una mirada igual! Dense ustedes cuenta: resulta fascinante y al mismo tiempo… da miedo.

Era verdad.

Había en aquella mirada algo penetrante, duro, metálico, inhumano. Y sin embargo, palpitaba en su fondo una especie de caricia secreta, un hipnotismo que hacía que uno no pudiera olvidarla jamás.

Los que estaban examinando la exposición siguieron adelante para ver otro cuadro.

Sólo dos personas quedaron delante de él. Una de esas personas era una muchacha de líneas suaves, pero marcadas; de ojos dulces y con esa expresión ensoñadora que suelen tener los artistas sinceros. La otra persona era un joven que vestía con cierta descuidada elegancia, y que lo mismo podía ser tomado por un campeón de tenis que por un pintor o un policía internacional. Aquel joven había estado últimamente en Roma y en Las Vegas. Lo que ganaba con sus cuadros, ya bastante cotizados, le permitía esos dispendios, aunque sin exagerar.

Ella musitó:

—¿Por qué me has traído aquí? Francamente, me gusta ver los nuevos cuadros

que adquiere la Fundación Rockefeller, pero en cambio no me ha gustado ver ése.

Tengo la sensación de que la mirada que tenemos delante no la olvidaré ya nunca.

Él la apretó por el brazo.

Parecía completamente absorto.

—Hada, tengo que decirte algo asombroso —musitó.

—¿Qué?

—Esa mujer existe.

Hada hizo una mueca de incredulidad.

—¿Cuántos *bourbon* llevas tragados hoy, querido?

—Sabes que sólo bebo cuando no me sale un cuadro. Y ahora hace al menos dos meses que no pinto.

—Pero ¡pero, James! ¡Ese cuadro fue pintado en Bucarest hará unos trescientos años!

—Lo sé. Y he seguido su pista desde que lo descubrieron en París, lo tasaron, lo subastaron y lo adquirió la Fundación Rockefeller. Puede decirse que he dado, detrás de este cuadro, la vuelta al mundo, y lo que siento es no haber tenido bastante dinero para comprarlo yo.

—No te entiendo. ¿A qué viene tanto interés? ¿Por qué?

—Al principio fue sólo esa mirada. Tuve la misma sensación que tú: que no la olvidaría nunca. Luego, de pronto, me encontré con algo increíble y fuera de toda lógica humana. ¡Esa mirada existía en la realidad! ¡La mujer del cuadro se me apareció de pronto en un tren que se dirigía a la costa del Canal!

—James, insisto en que has bebido mucho…

Él pareció no oír el reproche. Tenía la mirada perdida. Con voz que solamente ella pudo escuchar, susurró:

—Verás, yo había hecho un viaje en tren desde Birmingham hasta Norwick, en la costa oeste de Inglaterra, para inaugurar una exposición de mis cuadros. Las estaciones de esa línea son de lo más abandonado y viejo que puedas imaginarte. Parece como si el tiempo se hubiera detenido en ellas. Desde la época de la reina Victoria no se ha reparado allí ni una tabla de las marquesinas. La línea está poco frecuentada y en el vagón de primera íbamos sólo unas cinco personas. Pues bien, ¡una de ellas era esa mujer! Quedé petrificado, porque yo había visto el cuadro poco antes. Era ella y sin embargo allí había algo terriblemente distinto. Allí había algo que no concordaba.

—¿Qué era?

—Tenía unos veinte o treinta años más que los representados en el cuadro. Como ves, la pintura corresponde a una mujer muy hermosa. La que viajaba en el tren ya no lo era: su piel resultaba apergaminada, sus formas alargadas y huesudas. ¡Sin embargo, la cara era la misma! ¡Y su mirada también! ¡Sobre todo la mirada!

Hada se removió intranquila.

No le gustaba aquella conversación.

Con voz suave susurró:

—Quizá era una de las descendientes de esa mujer. Es la explicación lógica. Hay caracteres que pasan de generación en generación. Basta para convencerse, mirar las galerías de cuadros de las familias reales.

—Eso fue lo que pensé entonces —dijo James—, y hasta llegué a olvidarme del asunto. Pero luego, en Berlín la volví a ver. ¡Y entonces tenía treinta años menos! ¡Era exactamente la mujer del cuadro!…

—Debía ser una mujer distinta. No la del tren, sino otra.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Entre otras cosas, porque iba con el mismo hombre.

Hada cerró un momento los ojos.

Empezaba a marearse.

Mal asunto cuando uno pierde la noción de la realidad. Nadie es capaz de decir adonde puede llegarse.

—Era un tipo extraño —siguió diciendo James—. Vestía con la elegancia irreprochable de otras épocas. Quedaba pasado de moda, pero no ridículo. Él estaba igual, pero la mujer no. La mujer se había rejuvenecido de una forma asombrosa. A partir de entonces, te juro que ya no pude dejarlos; saqué todo mi dinero del Banco y me dediqué a seguirlos de un lado a otro del mundo. Hasta contraté detectives privados para que me dijeran dónde tenían reservadas habitaciones, lo que me permitía encontrarlos sin tener que haber viajado en el mismo avión.

Hada se intranquilizaba cada vez más.

Murmuró:

—¿Cómo se llaman?

—Eso es lo más asombroso.

—¿Qué quieres decir?

—¡Son el matrimonio Graf!

La muchacha sintió que la enorme sala del museo daba lentamente vueltas en torno suyo.

Necesitó apoyarse en el cuerpo tenso y fuerte del hombre.

—No puede ser… Ese cuadro es… Es de Isadora Graf.

—Más exactamente de Isadora Nubel, casada con el barón Graf.

—James, estás diciendo algo absurdo.

—Lo sé, y de aquí viene la especie de alucinación continua en que estoy viviendo. Todo concordaba para demostrarme que esa mujer, pintada hace más de trescientos años, aún vivía en compañía de su marido. Pero lo asombroso ocurrió cuando volví a encontrarles en Roma.

—¿Qué ocurrió, James?

—Paseaban por Vía Véneto… ¡y eran un par de viejos! ¡Ella había envejecido de nuevo treinta años! Hay cosas que no engañan, desde la tersura de la piel, a las líneas

de las piernas. Me quedé tan asombrado que esta vez incluso perdí su pista. Me costó mucho trabajo saber que estaban en Las Vegas.

—Tú acabas de venir de Las Vegas, James. ¿Y qué?

—En efecto, estaban allí. ¡Pero la mujer volvía a ser maravillosa! ¡Era de nuevo como en ese cuadro! Me decidí incluso a abordarles, pero lo malo fue que los perdí enseguida. Tomaron un avión que yo no pude tomar y perdí definitivamente su pista. Ahora una compañía entera de investigaciones privadas está trabajando para mí; a ver si pueden darme su paradero.

Hada tragó saliva con un gesto brusco. Se dio cuenta de que respiraba mal. Apretó los puños y, desesperadamente, intentó volver a la realidad de todos los días.

—Bueno —dijo, riendo—, si son gente que han vivido más de trescientos años, ¿en qué trabajan?

—En nada. Viajan continuamente por todo el mundo, gastando auténticas fortunas. Él tiene residencias en Florencia, en Milán, en París, en El Cairo y en Nueva York, pero, generalmente, no pasan más allá de dos meses en el mismo sitio.

—¿Y con qué pagan? ¿Con cheques de viajero? —preguntó burlonamente Hada —. ¿O con vales de la ONU?

—Ése es otro detalle inquietante: él vende monedas antiguas a los coleccionistas. Es decir, monedas *de su época*. Parece tener un surtido inacabable de ellas, y además son rigurosamente auténticas; de modo que se las hace pagar bien. Con un lote de esas monedas viven una temporada como príncipes. Generalmente viajan a los sitios donde se cotizan más.

Hada sentía frío en la espina dorsal.

—James —musitó—. Por favor, olvídate de eso…

—No puedo, Hada. Estoy obsesionado ya. Sé que en cuanto tenga otra vez la pista de esos dos extraños seres, los seguiré hasta el fin del mundo.

—¿Pero ellos se han dado cuenta?

—Yo creo que ahora, si.

—Entonces… en el caso de que lo que imaginas sea cierto… ¡tú corres un peligro mortal, James! ¡Pueden caer sobre ti como una fuerza de ultratumba!

James musitó:

—No te preocupes. Viven siempre en sitios perfectamente respetables. Y quizá sean buenas personas, porque tengo entendido que cierta vez adoptaron una chica.

Hada cerró un momento los ojos.

No supo lo que le pasaba.

Pero hasta hubiese jurado que aquel cuadro sonreía.

CAPÍTULO III

—Por fin tienen ustedes formalizados todos los trámites de la adopción —dijo la directora del centro benéfico—. La felicito sinceramente, señora Graf.

La mujer sonrió.

Tenía una sonrisa lejana y extraña.

Como si en lugar de estar dibujada en su cara estuviera dibujada en un cuadro.

¿Por qué la muchacha se estremeció?

¿Por qué sintió, de pronto, aquella especie de miedo?

Los dos rostros apergaminados se volvieron hacia ella. El bastón con empuñadura de plata se movió. También se movió el valioso abanico chino hecho de plata y nácar.

—Han depositado ustedes la fianza necesaria —dijo la directora—, y no dudamos de que un magnífico porvenir aguarda a Mary Storm. Saluda a tus nuevos padres, Mary. Vas a tener suerte y vas a vivir en el mejor sitio de Long Beach.

La muchacha les besó respetuosamente la mano.

Estaba educada en las más severas normas de las viejas instituciones de caridad.

Y se estremeció de nuevo.

Aquellas manos estaban heladas.

Los ojos, sobre todo los ojos del hombre, la miraban con una especie de secreta ansia.

—¿Cuántos años tienes exactamente, Mary? —preguntó.

—Quince, señor.

—Te vas a divertir mucho en tu nueva casa. Las privaciones han terminado para ti, ¿sabes? Serás una auténtica señorita. Vamos cuanto antes. Si no nos damos prisa en llegar, nos alcanzará por el camino la tormenta.

En efecto, un cielo gris y plomizo aplastaba aquellas viejas calles del distrito de Queens.

La luz de un rayo estalló contra la ventana.

La muchacha se estremeció. No supo por qué. Desde los cinco años había soñado todas las noches con abandonar aquel maldito orfelinato y ahora, sin embargo, se hubiera puesto a chillar de terror y de angustia.

Salieron a la calle. Un taxi les aguardaba. Más allá del aeropuerto Kennedy y más allá de la bahía de Jamaica, la tormenta ya descargaba sobre Nueva York.

El hombre le estrechó la mano.

Era una mano terriblemente helada y dura.

Ni los muertos deben sujetar a una persona con tanta fuerza cuando exhalan junto a ella su último suspiro.

Ni los muertos…

* * *

La casa de Long Beach.

Allí estaba ya la casa de Long Beach.

Mary sintió que se le secaba la boca.

Ella había imaginado que Long Beach sería un lugar alegre, con casas ultramodernas junto a la playa, esa playa eterna y llena de amoríos en que sueñan todas las muchachas de quince años. Y, en efecto, había casas ultramodernas allí. Había sitios alegres. Pero no era alegre ni mucho menos la casa hacia la cual se dirigieron, un edificio de ladrillo gris que parecía surgido de las brumas del tiempo.

Ahora la lluvia caía también torrencialmente sobre la playa. Los relámpagos asediaban la costa y la llenaban de reflejos mortuorios.

La casa no estaba en primera línea, junto al mar, sino bastante más adentro. Un camino secundario llegaba hasta ella. Por su aspecto, por su arquitectura pasada de moda y por su aire fúnebre, se comprendía que había sido edificada a principios de siglo; debió ser una de las primeras casas de Long Beach, cuando aquello no era más que una especie de desierto batido por las olas.

Mary Storm sintió que se le encogía el corazón. En aquel momento, al ver la casa, hubiera dado cualquier cosa por huir. Pero la mujer, como si adivinara sus pensamientos, susurró:

—Esta casa será tuya dentro de unos años. Quizá no te guste su aspecto, pero el solar vale muchísimo dinero, de modo que si la haces derribar serás millonaria.

Entraron en el patio central de la casa.

No había nadie allí.

Los rayos caían a poca distancia, sobre la arena, haciendo que hasta el aire adquiriese una lividez cadavérica.

—Mira, ésta es tu habitación.

Mary la contempló. Parecía un mausoleo. Era muy lujosa, pero sobrecogía el ánimo, sobre todo con la luz de los relámpagos rebotando en la ventana. Tuvo que cerrar los ojos, mientras oía el suave crujido de la puerta a su espalda. De repente se encontró sola.

Suspiró.

Bueno, tenía que acostumbrarse a aquel nuevo ambiente.

Al fin y al cabo aquello era mucho mejor que el orfelinato.

Deshizo su equipaje, ordenó las cosas, se desnudó y pasó a la ducha. El cuarto de baño, que era enorme, la sobrecogió: todas sus baldosas eran de un extraño color sangre.

El agua resbaló sobre su piel.

El agua tibia, acariciadora, limpia…

Sólo el ruido monótono de la ducha llegaba ahora hasta ella. Era un ruido tranquilizador, sedante; un ruido que llegó a darle una tibia sensación de felicidad.

De pronto se estremeció. Todo su joven y esbelto cuerpo pareció sufrir un

espasmo.

El ruido había sido espantoso. Daba incluso la sensación de que el rayo acababa de entrar por la ventana.

Pero ¿había sido sólo el rayo?

¿No había oído también el ruido de la puerta al cerrarse bruscamente?

Mary se envolvió en la toalla y salió de la ducha. Dejó atrás aquel extraño cuarto de las baldosas color sangre. Penetró en el dormitorio, que seguía iluminado por una luz cadavérica.

Y entonces lo vio allí.

Sus ojos.

Su cara que tenía un extraño color verde.

Y su boca.

Sobre todo su boca.

Aquellos labios ansiosos, que de pronto eran demasiado rojos, aquellos dientes afilados, aquella lengua viscosa…

Mary quedó petrificada por el asombro. Éste fue tan intenso que en un principio incluso le impidió tener miedo.

—¿Pero qué hace usted aquí? —susurró—. ¿No ve que estoy desnuda? ¡Váyase!

Una especie de zarpa atravesó entonces el aire.

Envió lejos la toalla.

Los ojos se clavaron, ansiosos como sanguijuelas, en las líneas de aquel cuerpo joven.

Pero no eran unos ojos que reflejaban deseo. Era *algo más*. En aquellos ojos brillaba una lucecita infernal. Los labios también se tendieron hacia ella, como movidos por una ansiedad secreta.

Y entonces Mary lo supo.

El pensamiento penetró cruelmente en ella, como una puñalada que le separara la carne.

¡Iba a morir!

¡La habían traído allí para eso!

Mientras el hombre avanzaba, Mary Storm contrajo los músculos. De una forma instintiva, se dispuso a defenderse. Dio de pronto un tremendo salto de costado, haciendo que el hombre, al venir hacia ella, chocara contra la pared.

Un relámpago lo iluminó lívidamente todo. El sonido fue horrísono. Otra vez el rayo parecía haber entrado por la ventana.

Pero eso dio nuevas fuerzas a Mary Storm. Apoyada en la pared, dispuesta a defenderse con sus diez uñas, patinó hacia la ventana. Pensó en lanzarse por allí aunque fuera completamente desnuda.

Llegaría a la cercana Long Beach y allí alguien la recogería. Sólo por la ventana podría huir de aquella mansión de horror.

De pronto el rayo la hizo retroceder. Estaba ya casi junto a los cristales cuando

tuvo la brutal sensación de que la chispa eléctrica venía en línea recta hacia ella. El estampido fue espantoso. Dio la sensación de que toda la casa se hundía.

De una forma maquinal saltó hacia atrás, y entonces Mary Storm perdió su pequeña ventaja. Dejó de estar al lado de la ventana. El hombre, además, le cortó el paso viniendo de nuevo hacia ella.

Mary lanzó un chillido de horror.

Pero no por eso perdió las energías. Corrió hacia una de las enormes butacas de alto respaldo; una de las dos butacas giratorias que parecían presidir el dormitorio. Comprendió que si la lanzaba contra su perseguidor quizá lo haría caer a tierra y eso le permitiría a ella ganar unos segundos de tiempo.

Los suficientes para llamar a la mujer que la había adoptado. Ella la ayudaría. La salvaría de las garras de aquel monstruo.

Movió la butaca.

Ésta giró velozmente.

Hasta entonces, Mary Storm sólo había visto el alto respaldo. Ahora vio la butaca entera.

Y lanzó un chillido de horror. Se llevó las manos a la boca en un gesto frenético. Sus ojos se desencajaron mirando aquello.

Porque la mujer estaba también allí.

La había estado aguardando sentada en la butaca.

Su mirada penetrante era como un cuchillo que atravesara la joven piel de Mary Storm.

Sus labios también le parecieron espantosamente rojos.

Entre ellos, la lengua se movía con una especie de secreta ansia.

Mary no podía moverse. El miedo la paralizaba por completo. Los rayos parecían retumbar ahora dentro de su propio cráneo.

La mujer avanzó poco a poco hacia ella.

—Ven aquí, pequeña —dijo, casi con dulzura—. Ven, querida.

Pero fue el hombre la que la atacó.

La enlazó por la espalda, ansiosamente, mientras buscaba su cuello.

Mary perdió la noción de la realidad mientras de sus labios escapaba apenas un gorgoteo de angustia.

Las manos del hombre acariciaban ansiosamente sus formas.

Pero no era sólo eso.

Los dientes se habían hundido en su cuello.

Bruscamente, dejó de oír el fragor de la tormenta. Dejó de ver la luz. Los resplandores lívidos de Long Beach, el mundo entero, se convirtieron para ella en una colección de sombras.

CAPÍTULO IV

El hombre que llevaba casi dos días ensayando una moto todo terreno en las playas de Long Beach, hizo una hábil finta y saltó sobre la duna. El invierno había amontonado la arena en las playas de una forma irregular, constituyendo grandes dunas que recordaban las de los desiertos. La moto de aquel hombre, una poderosa «Norton» modelo especial, le permitía saltarlas como si la máquina y la playa constituyeran un fantástico juguete.

Pero el hombre no se divertía.

James no estaba allí por casualidad.

En apariencia era algo así como un piloto de pruebas o como un corredor que se entrenaba para un *cross* en aquellas enormes extensiones de arena donde no se veía a nadie.

Y sin embargo, en realidad, todas sus energías estaban concentradas en los ojos, que vigilaban ansiosamente el paisaje. Después de dar cien vueltas por Nueva York, después de preguntar en todas las agencias inmobiliarias de la ciudad, habla podido enterarse de que los Graf tenían alquilada una vieja casa amueblada en la zona de Long Beach. James encontró la casa, por supuesto, pero no pudo advertir en ella el menor signo de vida.

Daba la sensación de estar completamente deshabitada.

Y hasta por un momento pensó que en la agencia inmobiliaria le habían informado mal.

Pero de todos modos se mantuvo en la zona, vigilándola atentamente con el pretexto de probar la moto. No le quedó un palmo de arena por explorar ni hubo una sola casa que no sometiera a observación directa.

Claro que todo tiene un límite.

Al cabo de un par de días, James se preguntó si no estaría realmente perdiendo el tiempo.

Tal vez se había dejado engañar por puras fantasías. Quizá estaba siguiendo los dictados de una especie de sueño.

Dio bruscamente gas a la moto, saltó sobre una duna y de pronto, puesto que estaba distraído, perdió el dominio de la máquina. Ésta hizo una especie de cabriola en el aire y James la enderezó como pudo mientras tensaba todos los músculos y se preparaba para la caída.

La moto patinó de costado en la arena.

James sintió un dolor agudísimo en la pierna izquierda, a pesar de que pudo apartarla a tiempo. Salió despedido y quedó tendido cerca del agua mientras las ruedas de la máquina se hundían en la arena materialmente.

El motor seguía en marcha, y la rueda motriz dio aún un buen número de vueltas antes de pararse. Desplazó la arena hacia el aire, como si fuese una excavadora.

Sintiendo que todos los huesos le dolían, el joven fue hacia la máquina. Se llamó

idiota a sí mismo por haber pensado en otra cosa mientras daba gas. Después de palparse la pierna dañada y ver que no tenía ningún hueso roto, se inclinó para alzar la máquina.

Y entonces lo vio.

La boca se le quedó seca instantáneamente.

Puesto que las ruedas de la moto se habían hundido profundamente en la arena, y puesto que su rotación había hecho mayor aquel hueco, acababa de abrirse bajo los neumáticos una especie de fosa. Y era del fondo de esa fosa de donde surgía una mano crispada.

James retiró poco a poco la «Norton». Vio entonces que había un cuerpo humano enterrado a poca profundidad; un cuerpo humano que, de todos modos, no hubiera sido descubierto en todo el invierno de no ser por la caída casual de la moto.

Sintiendo que el corazón le latía aceleradamente, empezó a separar la arena con las manos. Poco a poco, el resto del cuerpo fue apareciendo ante sus ojos.

Era una muchacha.

Había sido muy bonita y seguramente no tenía más allá de quince años en el momento de morir. Pero su muerte debía haber sido espantosa. Sus facciones crispadas, sus ojos terriblemente dilatados y cubiertos de arena, hablaban de un suplicio largo e innoble.

Su piel estaba blanca como el papel.

No debía quedar en aquel cuerpo una gota de sangre.

James detuvo aquella macabra tarea, mientras sentía que una especie de odio frío y sutil nacía en él. Fue en ese momento cuando se juró que seguiría el rastro aunque ese rastro le llevara hacia la muerte.

Hacia una extraña muerte que había empezado a vibrar en el mundo trescientos años antes…

* * *

Resultaba curioso el efecto que producía aquella singular pareja. Cualquiera que los hubiese mirado con cierta atención habría pensado: «Fíjate… Ella es un viejo loro. Él es su amante, su *gigolo*, su mantenido, su chulo».

En efecto, había una gran diferencia de edad entre el hombre y la mujer.

Ella, aunque tenía una natural distinción —con esa distinción de las mujeres que siempre han sido ricas y siempre han vivido en los mejores sitios—, presentaba una piel apergaminada y los ojos ligeramente hundidos, aunque esos ojos conservaran todo su fulgor. Él, en cambio, era un hombre elegante, joven, de piel tersa, de ademanes desenvueltos… En pocas palabras, todo un señor. Pero un *señor* que debía vivir a costa de la mujer, ya que de otro modo no se concebía que aceptara la compañía de aquella vieja.

Abandonaron el avión en el aeropuerto de Carrasco, en Montevideo, y tomaron un taxi en la gran explanada que hay frente a él, después de cambiar una abundante cantidad de moneda en el mostrador cercano a la salida. Dijeron al taxista que los condujera al hotel Victoria Plaza, frente a la casa de Gobierno.

La enorme mole rojiza dominaba toda la perspectiva, dividiendo el Montevideo nuevo y el Montevideo antiguo, todavía con su viejo aire de ciudad pequeña, recoleta y fina. Pensaban alojarse allí unos días porque llevaban muchos años —más de sesenta— sin pisar el Uruguay, y porque les pareció que aquél era un buen sitio para despistar a todo posible perseguidor.

Sin embargo, cambiaron pronto de opinión.

Fue esta vez el hombre el que lo vio.

Ahora parecía tener mucha más vista que la mujer que le acompañaba.

—Mira —susurró—. Allí…

La mujer entrecerró los ojos.

El joven estaba comprando unas revistas en los quioscos que hay en la gran plaza porticada. Era el mismo joven que habían visto en Roma, que habían visto en Las Vegas, que habían visto en…

La mujer susurró:

—¿Pero cómo es posible?

—Seguro que tiene detectives que trabajan para él. Ésa es la explicación. Controlan todas las agencias de viajes, todas las compañías aéreas y todos los consignatarios marítimos. Han averiguado qué clase de reserva habíamos hecho y por eso está él aquí. Se nos ha anticipado.

—Lo cual quiere decir que a partir de ahora nos convendrá comprar siempre unos pasajes y reservar unos hoteles que no utilizaremos. Es decir, tendremos que dar unas pistas falsas.

—Perfecto, pero eso será más adelante. ¿Y ahora? ¿Qué hacemos ahora?

El taxista disimulaba, pero en realidad les estaba mirando con curiosidad. Ambos hablaban en húngaro, un idioma que muy pocas personas conocen fuera de aquel país. Por lo tanto su inmunidad era completa. Pero el hombre se volvió de pronto y dijo en un español perfecto, como si siempre hubiese vivido en los países hispanos:

—No me gusta este hotel. Me temo que será demasiado ruidoso, demasiado céntrico… ¿No conoce usted un lugar más tranquilo? Por ejemplo, una casita que pudiéramos alquilar…

El taxista sonrió.

—Claro que sí, señor. A estas alturas de la temporada hay muchas en Punta del Este.

—Entonces llévenos allí, por favor. Llegaremos a un acuerdo.

El vehículo abandonó el estacionamiento del hotel, dio la vuelta a la plaza y enfiló por la amplia avenida del 18 de Julio.

Todo esto, James lo había visto. Sus labios estaban plegados en una extraña

mueca. Anduvo unos pasos y se introdujo en la propia Casa de Gobierno, donde un hombre alto, casi gigantesco, de cabellos rubios, le parecía estar esperando.

Aquel hombre era un agente federal de Estados Unidos que tenía licencia del gobierno uruguayo para actuar en el país. Su aspecto yanqui resultaba inconfundible. Él bulto que llevaba en la parte izquierda de la americana también.

—¿Qué? —musitó—. ¿Son ellos?

—Sí.

—Buen trabajo, James. ¿Ha tomado el número del taxi?

—El 119.

—Pronto sabremos adonde los ha llevado. No hay que hacer, de momento, nada más. Todas las salidas de Montevideo están controladas, de modo que esta vez no escaparán.

—Eso espero, Charlie. Si me he decidido a pedir la ayuda de la policía es porque yo solo no puedo llegar a todas partes.

El federal alzó levemente los dedos, mientras decía con voz exagerada y gangosa:

—*Okay*.

Parecía realmente un federal de película.

Salió.

Mientras tanto el taxi rodaba a buena velocidad hacia Punta del Este, por las carreteras vacías. El hombre y la mujer guardaban silencio. De pronto él preguntó también en húngaro:

—¿Crees que habrá tomado la matrícula del taxi?

—Por lo menos el número, sí.

—Entonces hay que deshacernos de él.

La carretera era recta y completamente solitaria. A un lado había unos campos lisos y verdes; al otro, el inmenso río de la Plata. Punta del Este se insinuaba en la lejanía, pero todavía tardarían un buen rato en llegar.

Graf hizo apenas un leve gesto.

El estilete con la punta cuajada de brillantes —era una auténtica joya florentina— se hundió de golpe en la nuca del joven taxista. La sangre brotó. La mujer lanzó un grito y se lanzó ansiosamente sobre ella, mientras el hombre tomaba el volante desde atrás.

Unos minutos después el taxi estaba oculto entre unos árboles y el joven conductor yacía entre las ruedas con el rostro espantosamente blanco. Isadora Nubel, baronesa de Graf, se maquillaba la cara con un gesto displicente.

Un cambio asombroso se había producido en ella.

Estaba rejuveneciendo treinta años.

Su piel era tersa, limpia, atractiva, sonrosada. Era la piel de una mujer en su más tentadora edad. Sus piernas se habían torneado; se habían hecho más gruesas y más esbeltas. Isadora volvía a ser la mujer distinguida y hermosa que había causado sensación en tantos salones de Europa.

Con un gesto pícaro, se ajustó una media.

Vestía íntimamente según la moda de cincuenta años atrás, pero tenía esa gracia y esa coquetería que ahora las mujeres han perdido en gran parte.

—Para llegar a Punta del Este haré *auto-stop* —dijo—. No te preocupes, yo misma alquilaré la casa. Tú puedes ponerte en contacto conmigo esta noche en la primera gasolinera que haya a la entrada de la ciudad.

—Pero te han visto bien —dijo él—. ¿Y si el que para es un coche de la policía?

—¿Me han visto bien? —preguntó ella con sorna—. ¿Estás seguro? ¿Por qué razón van a detener a una mujer que tiene treinta años menos que la que ellos buscan?

CAPÍTULO V

Montevideo es una ciudad más bien virtuosa, donde existen muy pocas posibilidades de diversión, si esa diversión ha de ir unida a unas faldas de mujer. Lo cual no deja de ser una lástima, porque las uruguayas tienen unas piernas excepcionalmente bonitas. Pero el hombre que salió un día después de un chalet de Punta del Este, utilizando un coche robado, conocía tan perfectamente el país y la psicología de sus gentes que no tardó en encontrar lo que le convenía. Una mujer que paseaba por los cafés de la calle de Río Negro le demostró bien pronto que estaba dispuesta a tantear cualquier aventura.

Y ante un caballero tan elegante y que conducía un coche tan lujoso, no tuvo ningún inconveniente en probar.

Era una chica de unos veintidós años.

Excelentes piernas, quizá un poco llenitas, como es característico en las hembras del país.

Cintura de avispa.

Buena delantera, buena retaguardia, buena de todo.

Pero Graf no pensaba en eso. Para él era solamente una muchacha en plena salud. Graf había vivido la época dorada de los grandes prostíbulos europeos, entre 1360 y 1930, cuando mujeres llegadas de todos los países del mundo se doctoraban en las ciencias del placer y se entregaban por unas cantidades verdaderamente irrisorias. Había conocido también las grandes casas de Nueva York, donde era posible encontrar desde indias hasta negras, pasando por las chinas, y naturalmente había conocido también las discretas villas que frecuentaba la alta aristocracia de Roma. Por eso no le emocionaba la buena voluntad de una jovencita uruguaya que además demostraba tener muy poca experiencia en aquella clase de asuntos. Ni sus tentadoras líneas le hacían soñar, ni sus profundos ojos despertaban en él ningún sentimiento.

Llegaron a Punta del Este.

Isadora había alquilado un chalet aislado, discreto, al abrigo de cualquier clase de miradas.

A aquella hora —la caída de la tarde otoñal— el silencio parecía poder palparse.

Punta del Este era una ciudad desierta. Por sus calles flotaba un viento nostálgico. Todas las ventanas estaban cerradas y las arenas junto a la desembocadura del Plata tenían un delicioso matiz dorado.

Ella musitó:

—¿Estás solo?

—Pues claro…

Se besaron nada más entrar. Él era un hombre joven, vigoroso, bien constituido. Pero sus labios eran fríos, tenían algo mortuorio que helaba la sangre en las venas sin que se supiera por qué.

Ella bisbiseó:

—¿No quieres que nos pongamos cómodos?

—Tú tienes poca experiencia, ¿verdad?

—Muy poca.

—Deliciosa muchacha…

Y le señaló la puerta que ella tenía a su espalda.

—Ahí puedes quitarte la ropa —dijo.

—Eres un hombre muy delicado… —musitó ella.

—Siempre lo he sido. ¿Qué necesidad hay de perder los modales?

Ella avanzó hacia la puerta. Se movía bien. Una chica con tanta clase necesita pocos esfuerzos para resultar verdaderamente tentadora.

Abrió aquella puerta.

Y de pronto la vio.

La mujer.

Aquella extraña mujer con una luz inquietante en los ojos, con una belleza pasada de moda y, sin embargo, casi mágica, con una sonrisa burlona en sus labios delgados y tenues…

—¿Otra mujer? —susurró la muchacha, adivinando que allí algo no marchaba—. ¿Pero qué pasa?

Fue entonces cuando vio los ojos del hombre.

Cuando vio su boca entreabierta en una mueca ansiosa.

Cuando sintió el frío de sus manos.

La muchacha lanzó un grito aterrador, largo, ululante, mientras sentía que aquellos dientes largos y crueles buscaban la curva de su cuello.

La mujer también se había lanzado sobre ella. La sujetaba.

Sintió que brotaba la sangre. El mundo entero pareció dar vueltas en torno suyo. Y un silencio aterrador, aquel silencio nostálgico de Punta del Este fue entrando en su cerebro poco a poco, como un veneno, como un lento presagio de muerte…

CAPÍTULO VI

El gigantesco agente federal Charlie no sólo estaba desesperado, sino que se sentía ridículo. Las cosas habían marchado tan mal para él en las últimas horas que estaba pensando seriamente en la posibilidad de presentar su dimisión y volver a Estados Unidos.

No sólo la extraña pareja se le había esfumado.

En Montevideo había que señalar también dos desapariciones: la del taxista que había conducido a la pareja y la de una muchacha de dudosa reputación que tenía una cierta *clientela* entre los paseantes de Río Negro. El federal llevaba ya los suficientes años en el oficio para suponer que tenía que haber alguna relación entre una cosa y otra.

Hizo una serie de averiguaciones, ayudado por la policía uruguaya.

Y llegó a unas conclusiones que se guardó para él solo. Unas conclusiones que aquella noche transmitió únicamente a James, mientras los dos contemplaban la calle desde una ventana del hotel Nogaró, que tiene la casa central en Buenos Aires.

Charlie dijo pensativamente:

—Tienen que estar en Punta del Este.

—¿Por qué?

—Creo que ese lugar y el distrito de Carrasco son los dos únicos sitios con poca densidad de población donde han podido alquilar un chalet sin llamar la atención de nadie. Pero sobre todo en Punta del Este. Ahora, fuera de temporada, hay muchas casas que se alquilan allí. Creo que debería darme una vuelta esta noche por las cercanías de la playa.

—¿Tú solo?

—¿Y por qué no? Si me presento con los coches de la policía, llamará la atención y no conseguiré nada. Es mejor que vaya como un visitante más. Ya te tendré informado de lo que consiga.

Y en efecto, aquella noche el gigantesco yanqui se dedicó a pasear por las tranquilas calles de Punta del Este. Llevaba en el bolsillo dos magníficas fotografías del hombre y la mujer tras cuya pista iba.

Las dos habían sido obtenidas desde el vestíbulo del hotel Victoria Plaza cuando el taxi se detuvo allí, mediante un teleobjetivo de gran precisión. Una seña de James, situado a la entrada de la avenida 18 de Julio, había bastado para que el fotógrafo se pusiera en movimiento.

Los detalles de la pareja habían sido captados perfectamente.

El hombre muy joven, muy bien conservado.

La mujer arrugada y vieja.

Charlie los tenía a los dos tan grabados en la memoria que hubiera podido reconocerlos aun pasando por delante de él a ciento noventa en un Ferrari.

Y de pronto la vio.

Cuerno, un Ferrari. Precisamente un Ferrari.

No abundan mucho los automóviles de tanta categoría ni siquiera en un sitio elegante como Punta del Este.

Charlie ignoraba que había sido comprado aquella misma tarde en una casa de vehículos de importación, pagando por él una fantástica suma. Al barón Graf no le importaba el dinero, del que tenía reservas inagotables. Sólo con las ánforas llenas de sestercios romanos que tenía en su casa del Palatino, podía obtener cuanto quisiera. Por otra parte, conocía el lugar donde estaban ocultos, en distintos lugares de América, fabulosos tesoros de los españoles, tesoros que un día fueron conocidos pero de los que, cien años antes, se había borrado ya toda huella.

Charlie se detuvo.

Se le había secado la boca.

Tenía que ser ella…

¡Claro que tenía que ser ella!

Aquellos ojos no engañaban. Eran los mismos ojos de la fotografía. ¡Los que en el primer momento ya le hicieron estremecer!…

Pero sólo eso concordaba.

Lo demás, no.

La mujer que ahora tenía delante era treinta años más joven que la que él conservaba en la foto. Podía tratarse de su hija. Ésta, además, tenía unas piernas mórbidas, suculentas, tentadoras. Tenía, además, unas líneas elegantes y una auténtica pose de mujer *de clase*.

Había abierto la portezuela del Ferrari.

Le miraba fijamente desde la penumbra del interior.

Con voz suave preguntó en un auténtico inglés de Oxford:

—Usted es americano, ¿verdad? Charlie sonrió.

—Oh, sí…

Nunca se había encontrado ante una mujer con tanta distinción, con tanta clase.

—No conozco bien los caminos de Punta del Este. ¿Usted sabe dónde está la carretera que lleva a Montevideo?

—Naturalmente. ¿Quiere que la acompañe hasta allí?

—Naturalmente. Me haría un gran favor. Además de no conocer el camino, este coche es nuevo y aún no lo domino muy bien, ¿sabe?

—Un Ferrari… Nunca he conducido un coche así —dijo Charlie, con interés—. En mi país se los suelen comprar los millonarios un poco excéntricos porque resultan demasiado caros. La acompañaré. Oiga…

—¿Sí?

—¿Tiene usted una madre que vive en Punta del Este?

—¿Una madre? ¿Por qué?

—Se parece usted mucho a una mujer que yo conozco. Por supuesto, ha de tener unos treinta años más que usted.

Isadora sonrió.

Le mostró la doble fila de sus dientes blancos, sanos y perfectos.

—No es mi madre —dijo—, sino una tía. ¿Pero cómo la conoce usted? En el Uruguay no tenemos relación ninguna.

—Es una simple casualidad. ¿Sabe dónde está ella ahora?

—Sí… ¡Claro que sí!

—¿Por qué no me lleva?

—Con mucho gusto. Precisamente ella tiene ganas de hablar con alguien. No es lejos de aquí, ¿sabe? Pero le confiaré un secreto: mi tía me resulta antipática. Hasta me da un poco de miedo…

—¿Por qué?

—No sé… Es tan extraña, tan… ¡tan misteriosa!

—¿Desde cuándo vive con ella?

—En realidad la veo muy poco. Ella tiene una casa en Punta del Este desde hace años. Yo he venido a visitarla, pero me iré dentro de unos días. El ambiente no me gusta, ¿comprende?

Y cambió de asiento para que él pudiera ponerse ante el volante.

Ya se sabe que los movimientos dentro de un coche son siempre algo forzados.

Su falda subió hasta arriba.

¿Trató realmente de evitarlo ella? ¿O quizá lo provocó con una deliciosa coquetería de mujer de mundo?

Charlie pestañeó.

Extrañas ligas de florecitas aquellas. Ya no había mujer que las usara. Extrañas medias pasadas de moda. Y sin embargo, tenían *algo*… Extraña sonrisa la de aquella mujer que parecía mirarle desde el fondo del tiempo.

Un curioso hechizo emanaba de ella.

Su mirada parecía hipnotizar.

Charlie sintió un cosquilleo en la sangre.

—¿Cuántos años tienes? —musitó.

—Veinticinco.

—Deliciosa edad…

—¿A ti te lo parece?

—Es la edad en que una mujer empieza a saber dónde tiene la mano derecha. Isadora rió.

Curiosamente, tenía la risa más cantarina y limpia que el federal había escuchado nunca.

—Además de mano derecha —dijo ella suavemente— tengo otras cosas.

—Se nota…

—Hala, da contacto.

—¿Dónde está la llave?

—Aquí…

Las dos manos fueron en busca de la misma. Sus dedos se unieron. Charlie sintió un brusco estremecimiento.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Quemas…

Ella volvió a sonreír. En la penumbra sus dientes brillaban como perlas quizá un poco siniestras.

—¿Queman mis manos?

—Mucho…

—¿Cómo te parece entonces que deben estar mis labios?

Charlie volvió a estremecerse. Era bastante aficionado a las mujeres, pero, además, le ocurría una cosa curiosa: nunca había conocido a una hembra así. Era distinta a todas y tenía una seducción que estaba por encima de los avatares del tiempo.

Tendió los brazos.

Y buscó sin disimulo sus labios.

La estrechó con su fuerza de jugador de rugby, de campeón de boxeo *amateur* de la Universidad de Indiana.

La mujer era en sus potentes brazos como una cosa dulce, suave, indefensa…

Se besaron largamente hasta que ella pareció desfallecer. Le faltaba el aliento. Hundió la cabeza en el cuello de él.

—Charlie… —musitó—. Charlie… ¡Qué hermosa era la tierra de Indiana cuando tus padres nacieron allí! ¡Cómo ha cambiado todo ahora!

Él tembló un momento.

—¿Cómo sabes que me llamo Charlie? —susurró—. Yo no te lo he dicho… ¿Y cómo sabes dónde nacieron mis padres?

Ella no contestó.

Sin embargo, movió la boca.

Suavemente, dulcemente.

Los dientes se hundieron en la piel del hombre. Buscaron sus arterias con tanta perfección, con tanta sabiduría como pudiera haberlas buscado un cirujano.

Charlie se estremeció. Intentó defenderse. Su mano fue hacia la funda sobaquera donde guardaba la «Parabellum» de gran calibre.

¿Pero por qué le acometió aquella extraña debilidad? ¿Por qué sintió que se ahogaba? ¿Por qué una fuerza superior a él parecía hipnotizarle y dejarle sin aliento?

¿Por qué sentía como si, al desaparecer su sangre, desapareciesen también hasta las más remotas fuerzas de su vida? ¿Por qué estaba ya hundido de debilidad, aunque aquello no había hecho más que empezar?

Isadora separó un poco la boca para susurrar:

—Estaba esperando un hombre como tú. Me hacías falta…

CAPÍTULO VII

En el aeropuerto de Dallas, la ciudad que ya era famosa por su violencia en la época de la colonización del Oeste, y que luego se hizo aún más famosa con la muerte del presidente Kennedy, hay un sencillo monumento. Ese monumento consiste en un pistolero en actitud de *sacar* con una sencilla inscripción que dice: «A LOS RANGERS DE TEXAS».

Realmente, Dallas y su comarca deben mucho a aquellos hombres.

Ellos impusieron la ley —una ley sencilla y expeditiva, basada en el gatillo y la cuerda— en una tierra donde jamás se había respetado nada desde que los españoles se fueron.

El joven que acababa de llegar a la ciudad en vuelo desde Montevideo contempló el monumento con una mezcla de curiosidad y angustia.

Le hubiera gustado ser un hombre como aquél. Porque al menos los Rangers de Texas sabían contra quién tenían que disparar. El único misterio en sus vidas era éste: «¿Quién será más rápido al apretar el gatillo?».

Muy distinto era el problema a que se enfrentaba James.

Él estaba perdido en un mundo de fantasmas y de sombras.

Un mundo donde todos los caminos estaban cortados por la niebla.

Iba a dirigirse hacia la salida cuando le detuvo la voz metálica de un hombre.

—¿James?

El joven se volvió. Pudo ver unos ojos metálicos y fríos. Burke, que era uno de los federales más listos y más duros del país, le señalaba una puerta que conducía al *parking* de coches oficiales.

—Le esperaba —dijo Burke—. Me enviaron una radiofoto de usted desde la estación de policía de Montevideo y por eso le he reconocido. Venga.

Subieron a un Pontiac que condujo el mismo Burke y se dirigieron a Markett y luego a Commerce Street. Las calles bullían de animación y de gente. En Dallas hacía un calor pegajoso, enervante, pero dentro del coche, con el aire acondicionado, se estaba bien. No se detuvieron en ningún sitio quizá porque allí dentro se podía hablar con más libertad.

Burke pidió:

—Explíqueme lo de Charlie.

James le dijo lo que sabía: Habían aparecido los tres cadáveres al fin. El del taxista, el de la muchacha que paseaba por la calle de Río Negro y el del federal norteamericano. Este último había aparecido dentro de un estuche de gran lujo: un Ferrari acabado de comprar y con apenas sesenta kilómetros en su marcador.

Pero los tres cadáveres presentaban la misma característica terrorífica y hasta absurda: las finas huellas de los dientes en el cuello y la falta total de sangre en sus cuerpos.

—Los forenses de Montevideo realizaron las autopsias —terminó James, con voz suave—. El resultado ya le ha sido enviado a usted.

Burke asintió.

Enfiló un poco bruscamente hacia la carretera donde había sido baleado el presidente Kennedy.

—No puedo creerlo —dijo.

—¿Qué es lo que no puede creer, Burke?

—Que casi en el siglo veintiuno, como estamos ahora, se produzcan esos casos.

—La naturaleza humana no ha cambiado. No cambiará tampoco gran cosa hasta el fin de los siglos.

—Pero esos dos seres, ¿son realmente humanos?

—No, puesto que parecen inmortales. Pero en cambio lo son en otros aspectos. O incluso en ése si vamos a ser sinceros. ¿Porque no es una profunda aspiración del ser humano el buscar la inmortalidad?

Burke estaba nervioso y conducía mal. Después de estar a punto de rozar un camión de gran tonelaje murmuró:

—Ya me informé de dónde sacan el dinero esa gente. Ya comprendo también que dos personas a quienes les sobran los dólares pueden viajar por todo el mundo y en consecuencia son muy difíciles de localizar. Pero ¿y el pasaporte? ¿A nombre de quién está el pasaporte y por qué? ¡He hecho investigaciones y no figuran en ningún registro!

—Son falsificados —dijo suavemente James.

—¿Falsificados?

—No sé por qué le extraña tanto. En Estados Unidos hay mucha gente que se dedica a eso. Incluso técnicos oficiales bien pagados que están a sueldo de la CIA. A ellos no les cuesta nada arreglar un pasaporte si se lo recompensan con generosidad, Y quien dice la CIA dice el Foreign Office británico o el Deuxiéme Bureau francés. O hasta la NKVD soviética. Esas dos personas han viajada con pasaportes falsos de todo el mundo, en especial de los países árabes. ¡Los pequeños emiratos árabes conceden pasaportes a cualquiera que les deje morder un dólar!

Burke asintió pesadamente.

Con voz velada preguntó:

—Hay algo más absurdo aún en su relato. ¿Cómo rejuvenecen?

—Cada vez que se alimentan vuelven a su estado natural, es decir, a su juventud. Si no se alimentaran de ese modo morirían. Cuando, por decirlo así, «tienen hambre», se les ve caducos, apergaminados, lentos de reflejos, hechos una ruina. Si las cosas van mal dadas se alimentan por turno. Y entonces se ve a la mujer joven y al hombre viejo, o viceversa, lo que contribuye a volver loco a cualquiera. Apenas se les sigue la pista un par de días seguidos, uno tiene la sensación de que vive una pesadilla.

Burke golpeó el volante con rabia. Su mano velluda se crispó de tal modo que crujieron sus nudillos.

—No creo una sola palabra de eso, James. Usted no es un policía, sino un aficionado. Por eso delira. Y todo lo que dice es ridículo, absurdo… ¡increíble!

—Quizá usted sea un hombre demasiado práctico, Burke. Sólo entiende de marcas de coches y de muslos de señoras.

—¿Para qué hace falta más?

—La vida es infinitamente más complicada e infinitamente más misteriosa —susurró James.

—Déjese de mandangas. Y a todo esto, ¿por qué ha venido a Dallas? ¿Por qué está fastidiando precisamente a la policía de esta ciudad? ¿Qué le ha impulsado a trasladarse aquí?

James sonrió suavemente.

—Sólo por una cosa —dijo—. Porque estoy seguro de que ese matrimonio de los infiernos ha venido también a Dallas…

* * *

La vieja casa tenía un ambiente sureño que hacía pensar en un plano de *Lo que el viento se llevó*. Por la parte delantera daba a un prado y por la parte posterior a un lago de aguas quietas y muertas. Unas flores rojizas y pastosas, que parecían carnívoras, se arrastraban junto al agua. Desde la espesura llegaba el graznido ululante de algún pájaro salvaje.

Parecía mentira que aquello fuese Dallas, que estuviera tan cerca del centro de la capital. El tiempo se había detenido en las márgenes del lago. Fuera de aquellos sonidos naturales y un poco agoreros, el silencio se había enseñoreado de todo.

La mujer caminó ágilmente hasta llegar a la casa. Llevaba un vestido ligero y casi vaporoso, de línea bastante moderna. Pero en cambio sus joyas eran macizas y antiguas, unas joyas que procedían del viejo castillo de su familia, en los montes de Transilvania.

Estaba más joven que nunca.

No en vano los últimos días habían sido muy provechosos. En Montevideo habían tenido tanta suerte que era una lástima que no hubiesen podido permanecer más tiempo allí por miedo a la policía. El hombre apareció de pronto entre los matorrales. También él estaba joven y ágil. Vestía de blanco, como un tenista algo pasado de moda, y su aire era desenvuelto. Sólo sus ojos, aquellos ojos misteriosos y quietos seguían mirando a la gente desde más allá del tiempo.

—Isadora… —musitó.

Isadora se volvió alegremente.

—No sabía que estuvieras aquí, Graf.

—Te miraba venir. Estás más bonita que nunca.

—¿De veras lo crees, Graf?

No había ninguna afectación en la mujer. Sencillamente se sentía a gusto y llena de salud. Eso era lo más importante para ella, pero además le gustaba que la llamaran bonita. Y si él se lo decía debía ser verdad, puesto que Graf no tenía ninguna necesidad de mentir.

—Sólo he conocido una mujer más bonita que tú —dijo él.

—¿Quién?

—Mi hija.

Los ojos de Isadora se nublaron un momento.

—No hace falta mencionarla —dijo—. Tu hija ya murió.

—¿Y crees que he podido olvidarlo? ¿Piensas que no me atormenta el saber que somos los únicos descendientes de más de doscientos miembros de la familia?

Ella hizo un gesto desenvuelto, como una muchacha moderna cualquiera.

—Ya no puedes evitarlo, ¿verdad? Pues olvídalo.

—La muerte de mi hija no podré olvidarla nunca.

—Era lo que más querías en el mundo, ¿verdad?

—Sí. Lo que más quería en el mundo.

—¿Más que a mí? Sus voces eran suaves, eran leves, eran íntimas.

Millones de hombres y mujeres han hablado así desde el principio de los tiempos. Millones de hombres y mujeres se han disputado las migajas del poco amor sincero que se reparte en este mundo. Pero ellos dos eran distintos, puesto que sus voces y sus pasiones se habían estado arrastrando durante casi cuatro siglos. Porque habían visto desde el nacimiento de la imprenta hasta las enormes rotativas de los periódicos de Nueva York y Tokio. Desde los viajes en diligencia hasta el *Jumbo* y los cohetes a la luna. Desde el arcabuz de yesca hasta el rayo láser.

Llevaban tanto tiempo juntos y estaban unidos por tantos secretos, que ambos sentían que ya no podrían separarse jamás.

Graf cerró un momento los ojos.

Así, en actitud reflexiva, estaba exactamente igual que en los remotos retratos de su juventud, unos retratos que ya no existían porque habían sido quemados siglos antes. Sólo el de Isadora se conservaba aún como una maravillosa excepción.

—No podría decir si llegué a quererla más que a ti —susurró Graf—. Yo creo que era distinto. Pero lo cierto es que a mí hija la quería más que a mí propia vida, más que a todas las cosas o personas de este mundo. Y hasta voy a serte sincero: sí, estoy convencido de que entonces la quería más que a ti.

Los ojos de Isadora se entornaron un momento. En su fondo brilló también una chispita amarilla.

Pero no hizo ningún comentario. Se limitó a sonreír de aquella forma distinguida y aristocrática que las mujeres de nuestro tiempo ya no tienen. Hubo un momento de silencio.

Y entonces ella susurró:

—Cierto… Mientras tu hija vivió, no me hiciste el menor caso.

—Tú sabes que eso no es cierto. Eras ya muy importante para mí.

—No vale la pena de que recordemos aquello, Graf. Ha pasado ya demasiado tiempo. Pero jamás me mirabas a mí cuando tenías delante a tu hija.

Él arrancó una de aquellas flores viscosas, que parecían carnívoras, la olió un momento y luego escuchó con especial deleite los gritos agoreros de los pájaros. Al cabo de unos instantes dijo con voz tenue y la mirada perdida:

—Nunca podré olvidar aquella espantosa noche, aquellas horas de pesadilla en que fue invadida nuestra residencia de Balkanor. No sé quién habla soliviantado a los campesinos, no sé quién les había dicho que nos encontraría indefensos aquella noche. Porque era una de las pocas noches del año en que casi todos dormíamos en nuestras tumbas, sin posibilidades de movernos. Cada vez que pienso que éramos una familia tan maravillosamente unida. En Balkanor se hablan ido concentrando todos los Graf desde muchas generaciones antes. En realidad Balkanor era un fantástico cementerio donde reposábamos todos. En ciertas noches del año las aldeas circundantes nos proporcionaban todo el alimento que necesitábamos. ¿Recuerdas las que ellos llamaban *noches de horror*? ¿Has podido olvidar las que nosotros llamábamos *noches de la resurrección*?

Ella movió lentamente la cabeza. Seguía teniendo el aire dulce y apacible, un poco *démodé*, de una señorita de provincias.

—No —dijo—, no lo he olvidado. ¿Cómo hubiera podido hacerlo?

—Pero aquella noche todo cambió —dijo él—; todo fue destruido. Ni yo mismo sé cómo pude escapar.

—Tú estabas despierto aquella noche —dijo ella, suavemente—. Tú habías podido salir.

—Más me hubiera valido no darme cuenta de nada —la voz de Graf era ronca y lejana—. Tuve que ver cómo clavaban una estaca de madera en el corazón de mis padres. Cómo quemaban el ataúd con los restos de mi esposa. Y cómo arrojaban a la hoguera el ataúd blanco que contenía a mí hija. Ellos pensaban que estaba muerta, pero el chillido espantoso que brotó del ataúd al caer entre las llamas no lo olvidaré nunca ni pudieron olvidarlo ellos. Claro que aquellos perros hace ya trescientos años que están muertos… Ni una sola mención existe sobre sus ignoradas tumbas, mientras que el escudo de los Graf aún subsiste en la fachada del castillo. Sé que debería olvidarlo pero no puedo… A veces la recuerdo a ella y pienso: «¿Quién excitó al pueblo contra nosotros? ¿Quién fue responsable de aquella matanza?».

—La historia de nuestra familia es igual a la de todas las familias —dijo ella suavemente—. Ni una de ellas ha subsistido. Olvídalo.

Él hizo una mueca.

Miraba las aguas del lago, suavemente.

—¿Por cuánto tiempo has alquilado esta casa? —susurró.

—Por dos meses.

—¿Crees que en Dallas encontraremos alimentación suficiente?

—Claro que sí —dijo ella, suavemente—. El sistema de *auto-stop* en las carreteras secundarias es muy bueno. Hay mucho joven alocado por ahí que se para con la boca abierta en cuanto ve una mujer sola. Pero más adelante pienso que deberíamos ir a la India o a algún país africano. En las zonas selváticas hay mucha gente sola y que no puede defenderse.

Él hizo un gesto de hastío.

—No sabría vivir en una zona selvática —dijo—. Tengo un refinamiento y una cultura superiores a los de cualquier profesor de Universidad de esos que circulan por ahí, y cuya experiencia se remonta como máximo a cincuenta o sesenta años. Yo llevo trescientos años leyendo. He conocido directamente a los más altos personajes de la historia. Si tuviera gracia para escribir, contaría detalles que la gente no sospecha. ¿Crees que podría vivir, por ejemplo, en el Matto Grosso? ¿O en el Nepal?

Isadora negó con la cabeza, sonriendo.

—No, claro que no podrías —dijo—. Tú y yo necesitamos un ambiente refinado. Creo que no podemos salir de según qué ambientes.

Señaló las aguas quietas y misteriosas del lago y añadió:

—En Montevideo nos fue muy bien, pero no podemos dormirnos. Hay que ver cómo están ahora las cosas en Dallas…

CAPÍTULO VIII

La tormenta estaba descargando sobre Dallas.

Era una tormenta cálida e insistente que había estado subiendo desde el golfo de México y que hacía que la capital quedase envuelta en una nube de humedad. El aire era bochornoso y parecía cargado de corrientes eléctricas. La gente estaba nerviosa. En aquel día los psiquiatras habían recibido más visitas que nunca, se habían producido muchos accidentes de coche y una gran cantidad de suicidios inexplicables.

Cuando un cierto nivel de vida no va unido a un cierto nivel de fe, pueden producirse todas esas cosas.

Sin embargo, Hada estaba tranquila. Le gustaba aquella lluvia que le recordaba a los trópicos. Marcó un número en el teléfono y preguntó:

—¿James?

La voz de James le respondió nítidamente desde poca distancia:

—Hola, Hada. ¿Desde cuándo estás en Dallas?

—Llegué anoche. Supe que estabas aquí y vine enseguida. ¿Cómo han marchado para ti las cosas?

—Mal. Muy mal.

—¿También mal en Montevideo?

—Si. Allí peor que en ningún sitio.

—¿No te estarás obsesionando demasiado con este asunto, James? ¿Crees que realmente hay algo detrás de todo esto?

—Ahora estoy seguro. Son demasiadas las cosas que se vienen acumulando. Estoy convencido ahora de que en todas las centrales de policía del mundo se guardan noticias de crímenes inexplicables que se fueron olvidando y que tienen relación con este caso. Ahora se ha transformado en algo así como la obsesión de mi vida. No podré olvidarlo mientras no lo resuelva.

—Eso es lo terrible, James: que estás obsesionado.

Él vaciló un momento.

—No hace falta que hablemos de esto por teléfono, Hada. Iré a verte. No nos habíamos encontrado desde aquella exposición de la Fundación Rockefeller, cuando te mostré el cuadro de Isadora Graf, ¿recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo! ¡Cuento cada día en que no te veo! ¡Y hasta cada hora! …

Y la muchacha envió a través del auricular una risita picara.

—¿Dónde te hospedas? —preguntó James.

—En una pequeña residencia de estudiantes, pero ahora todo el mundo se ha ido a pasar el fin de semana fuera. Sólo quedamos otra chica y yo. Si vienes no nos molestará nadie.

—Iré, Hada.

—¿Cuándo?

—Antes de las nueve de la noche.

Y colgó.

Se notaba que James estaba obsesionado, casi aturdido.

Nunca había sido tan seco. Hada colgó también, encendió un cigarrillo y salió a las escaleras que daban al vestíbulo. Vio desde arriba que su compañera estaba hablando con alguien. No podía distinguir con quién, puesto que la puerta estaba entornada y sólo distinguía la pernera de su pantalón oscuro.

Al fin la muchacha cerró.

Miró hacia arriba.

Notó que Hada la miraba negligentemente con el cigarrillo entre los labios.

—Ah, estabas aquí —susurró.

—¿Con quién hablabas?

—Hum… Con todo un caballero. Me lo encontré ayer por casualidad y me llevó a la Universidad en su coche. Tiene un portaaviones de importación, un «Mercedes» maravilloso y acabado de estrenar. Ah… ¡Y un yate anclado en Nueva Orleans! Me ha enseñado las fotografías. No es mentira, porque se le ve a él en la borda. Pero no es eso lo más fantástico. ¿Sabes, Hada? Jamás he conocido a un hombre con tanta cultura como él.

—No es que la cosa me afecte, pero me parece que te estás metiendo en un lío —dijo Hada con indiferencia.

—¿Tú qué sabes? Sólo nos conocemos desde ayer.

—También conoces a ese hombre sólo desde ayer, Ketty.

—Bueno… ¿y qué? Como te decía, tiene una cultura fabulosa. Teníamos que hacer una traducción del árabe antiguo que a los propios profesores les costaba sangre. Pues bien, él la hizo en cinco minutos, sin dudar en una palabra. ¡Y estaba perfecta!

—¿Quiere eso decir que lo vas a recibir a solas?

Ketty se encogió de hombros. Era una de esas muchachas americanas absolutamente libres y que sólo dan importancia a los problemas de cada momento.

Se puso también un cigarrillo en los labios y murmuró:

—Bueno, tal vez sí…

Se dirigió a su habitación, en la planta baja, y antes de cerrar la puerta murmuró:

—Espero que no molestes… No nos obligues a tener que buscar un sitio fuera de la casa, lechuza… ¡Y menos de la manera que está lloviendo!

* * *

Ketty sonrió.

—¿Te gusto así?

No, así no hubiera gustado a ningún hombre. Llevaba un ridículo pijama amarillo con los dibujos de Tom y Jerry. Sus labios estaban como impregnados de goma de mascar. Pero acostumbrada a los encuentros furtivos con sus compañeros de Universidad, sin ninguna preparación previa, le parecía que aquello era lo más natural del mundo.

En cuanto a él, vestía con elegancia un poco afectada. Tenía una edad indefinible, pero resultaba distinto de los otros hombres. Eso era a fin de cuentas lo que más apreciaba Ketty.

Insistió:

—¿Qué? ¿Te gusto?

—Mucho —mintió él.

No se había fijado ni en sus curvas. Sólo en su color de manzana fresca, en su piel sonrosada y joven bajo la que estallaba la salud, bajo la que se movía un torrente de sangre.

—Quizá tú estás acostumbrado a otra clase de mujeres —dijo ella, mientras se desabrochaba el pijama—. Se nota que eres un caballero. Y hasta un poco chapado a la antigua, ¿no? Pero a mí las mujeres remilgadas no me gustan. Una chica sana y bañándose sin ropa a la luz de la luna es el ideal de la belleza.

Él reconoció:

—En esta época sí.

—Y en todas, ¿no? ¿O es que tú eres de otra época?

Él no contestó.

La atrajo hacia sí.

La besó suavemente.

No podía soportar el sabor a goma de mascar en la boca, pero pasó por alto el detalle desagradable. Sus manos acariciaron a la chica con indiferencia. En realidad lo que hicieron fue sujetarla bien.

Ella runruneó:

—Hum… Goloso…

Y, de pronto, notó algo extraño.

De pronto notó que le habían hecho una presa en los brazos.

Gimió roncamente.

¿Qué pasaba?

¿Qué clase de tipo era aquél?

Fue a decir:

—Bruto…

Pero ya no pudo. Una mano huesuda se cerraba sobre su boca. ¿Cómo no había notado antes lo huesuda que aquella mano era? ¿Y cómo no se había dado cuenta de que tenía un contacto de hielo? ¿Y cómo no habla advertido la luz amarilla de aquellos ojos?

Apenas pudo balbucir:

—Noooo…

Fue un leve murmullo.

Un estertor perdido en el tiempo.

Los dientes buscaban su cuello.

El impecable traje oscuro de Graf se manchó de rojo.

Ketty se debatió desesperadamente. Era una muchacha fuerte, sana, que tenía a veces una fuerza casi masculina. Pero nada pudo contra el vigor sobrehumano de aquel hombre, contra aquellos brazos que la aferraban con una fuerza de ultratumba.

Sí, eso era. De pronto, Ketty lo comprendió con horror.

Él la abrazaba… ¡como abrazaría un muerto!

¡Sólo cortándole los brazos se podría liberar!

Trató de luchar desesperadamente.

Pero de pronto las fuerzas la abandonaron. De pronto un extraño sopor la invadió.

Todo lo veía borroso.

La ventana…

La luz irreal de la habitación…

El resplandor de los relámpagos…

Cayó de rodillas. Las fuerzas la abandonaban del todo. A partir de entonces hasta las caras joviales de Tom y Jerry empezaron a mancharse de sangre.

CAPÍTULO IX

A Hada la sobrecogió la luz repentina de aquel relámpago. Tuvo un estremecimiento y bajó la persianilla de cuero de la ventana. Notó que las lámparas habían vacilado.

«A ver si nos quedamos a oscuras», pensó.

Fue entonces, al cesar el estampido horrísono del trueno, cuando le pareció oír rumores de lucha en el piso inferior. Aunque no eran exactamente rumores de lucha, sino ruidos de muebles desplazados bruscamente. Prestó atención y un nuevo relámpago la hizo estremecerse.

Al cesar el trueno, aquellos ruidos continuaban.

Pensó que quizá a Ketty le estaba ocurriendo algo.

Salió de la habitación y descendió las escaleras con movimientos inseguros. La puerta de la habitación de su compañera estaba cerrada. Golpeó con los nudillos en la hoja de madera.

—Ketty… ¿Ketty, estás ahí?

Nadie le respondió.

Pero de pronto se había hecho un silencio extraño, un silencio casi espectral y que llegaba a helar la sangre.

Sólo se oía el gotear de la lluvia.

Parecía como si la tormenta fuera alejándose.

—Ketty, ¿estás ahí?

Hada ya no pudo más. Nadie contestaba.

Abrió.

Como en una serie de *flashes* fotográficos que la deslumbraban, vio la terrible escena: el hilo de sangre se deslizaba por el suelo y pronto iba a llegar hasta la puerta. Ketty yacía sobre la cama. Un hombre estaba inclinado sobre ella.

Pero no era la posición lógica —infinitamente repetida— de dos amantes. Él, simplemente, estaba buscando su cuello. Y de allí surgía el hilo de sangre que lo iba impregnando todo, poco a poco.

El hombre se volvió.

No llegó a verla bien. Porque en aquel instante la luz lívida del relámpago lo llenó todo, deslumbrándolos. Las bombillas de la casa vacilaron y se extinguieron con un leve crujido.

Todo quedó sumido en tinieblas, porque los relámpagos habían cesado. El trueno hizo temblar hasta los cimientos de la casa. Un viento huracanado batió las ventanas, amenazando con llevárselas por delante.

Hada lanzó un gemido.

Había intuido algo espantoso, algo que estaba en relación con la pesadilla de James.

Saltó hacia atrás y tropezó con las escaleras. La oscuridad más completa la

envolvía ahora. El viento hacía temblar cada vez más las estructuras de la casa.

Ciega de terror, Hada subió las escaleras casi a gatas. Su falda se desgarró. Por unos momentos pensó que había huido y que el monstruo no podría encontrarla.

Pero oyó enseguida los pasos en la escalera.

¡La estaba persiguiendo! ¡Había abandonado su presa para buscarla a ella!

Hada lanzó un leve gemido. Nunca debió haberlo hecho, porque Graf supo así dónde estaba. Hizo su carrera más rápida, aguzando aquellos ojos amarillos, aquellos extraños ojos de gato, que le permitían ver en la oscuridad.

Hada tropezó con la barandilla del piso superior. La bola que la adornaba cayó. La muchacha lanzó un nuevo gemido mientras sentía un vivísimo dolor en el vientre, en el sitio donde había tropezado.

Eso la hizo detenerse un momento. Oyó la respiración anhelante dos peldaños más abajo.

Graf ya estaba casi junto a ella. Tendió la mano.

Otra vez la oscuridad protegió a la muchacha. Pudo esquivarle mientras tropezaba con las paredes. No sabía bien dónde estaba, pero creía recordar que había una habitación con grandes armarios al fondo del pasillo.

¡Si pudiera llegar hasta ella! ¡Si tuviese la suerte de que ningún relámpago la descubriese antes de alcanzarla!…

Esa suerte, al menos, la tuvo. Ningún resplandor se produjo en la oscuridad espantosa de la casa. Tampoco volvió la luz eléctrica. Hada palpó ansiosamente la puerta que podía significar su salvación.

¡Estaba cerrada!

Oyó la respiración anhelante apenas a dos pasos. Se dio cuenta de que iba a ser alcanzada.

Su propio horror la impidió gritar.

No supo bien la suerte que había tenido con eso. Graf no la veía ni sospechaba dónde podía estar ahora. Sus manos buscaban en el vacío.

La muchacha empujó desesperadamente la puerta. Se produjo un chasquido sordo.

Y Hada contuvo la respiración. ¡Ahora sabían dónde estaba! ¡El chasquido la había delatado!

Pero Graf se confundió. El ruido de la lluvia era a veces tan intenso que anulaba los otros. Pensó que el chasquido se acababa de producir a su derecha.

Allí había una puerta.

La abrió.

La luz lejana de otro rayo le permitió ver un dormitorio intacto. Dos armarios y un biombo le llamaron la atención porque allí podía haberse ocultado alguien. Avanzó con las manos trémulas.

Mientras tanto, Hada ya había entrado en la otra habitación donde estaban los armarios roperos. Buscó a tientas un sitio donde ocultarse.

Lástima que allí no había ninguna ventana.

No podría huir.

Pero al menos, el monstruo no la buscaba. Había perdido su pista. Si conseguía desorientarle durante unos minutos más, se habría salvado, porque no era fácil que estuviera demasiado tiempo en una residencia donde había ya un cadáver.

De pronto hasta el rumor de la lluvia cesó.

El silencio se hizo agobiante.

Hada sólo oía su propia respiración, su respiración lenta, enervante, que producía como un silbido estruendoso.

Jamás hubiese creído que la respiración de una persona pudiera oírse tanto.

Se mordió los labios desesperadamente.

Estaba acuclillada entre dos armarios, pero si volvía a funcionar la luz eléctrica la distinguirían. Rezó con toda su alma para que aquello no sucediese. Rezó también para que no cayera cerca ningún rayo.

La oscuridad siguió siendo impenetrable.

Hada sintió que sus nervios se relajaban. Quizá, después de todo, podría escapar. Quizá tendría suerte…

De pronto sus pensamientos se detuvieron.

Acababa de oír un chasquido.

¡Alguien había entrado en la habitación!

En efecto, Graf estaba allí. Ya se había dado cuenta de que la muchacha tenía que haber seguido pasillo adelante. Entre la impenetrable oscuridad, siguió buscando.

El silencio era agobiante ahora.

Sólo captaba el ritmo lento, sordo, de su propia respiración.

Los dedos ágiles palparon los muebles.

Las sombras.

Nada…

No se dio cuenta de que Hada estaba encogida tan cerca que hubiera podido tocarla con sus zapatos. Sólo avanzando un paso más ya habría tropezado con ella. No se dio cuenta tampoco de que sus dedos, al bajar, habían rozado materialmente los cabellos de la muchacha.

Dejó que rechinaran sus dientes.

Y fue a marcharse de allí.

No le convenía perder tiempo. Avanzó hacia la puerta, mientras contenía un momento la respiración.

Y fue entonces cuando captó aquella otra.

¡La de una persona que respiraba a poca distancia! ¡Hasta aquel momento el ruido de sus dos respiraciones se había confundido!

Giró de repente. Sus ojos estaban desorbitados.

Despedían aquella extraña luz amarilla.

Y entonces las luces amarillas se reprodujeron, se multiplicaron hasta el infinito.

Todas las bombillas de la casa se habían encendido de golpe. La habitación de los armarios quedó tan bien alumbrada, como si en ella entrara la luz del sol.

Graf se volvió de repente.

Aquellas luces amarillas se reflejaron en los ojos aterrorizados de Hada. Repercutieron cien veces en ellos. La boca de la muchacha se abrió para dar paso a un desgarrador alarido.

Sabía que iba a morir.

¡Que su sangre brotaría como había brotado la sangre de Ketty!

Sus ojos se encontraron con los del hombre. Aquel grito de Hada repercutió en los tímpanos de ésta como si lo hubiera lanzado otra persona. Y de pronto, Hada quedó quieta, inerte, sabiendo que aquello era el fin, masticando el sabor de su propia muerte.

Pero Graf… ¡no se movió!

¡Graf se limitaba a mirarla con los ojos desencajados, como si no pudiera creerlo!

Las manos bajaron poco a poco.

Los ojos giraron en sus órbitas. Los labios manchados de sangre temblaron.

Graf se alejó. Parecía como si, de pronto, las fuerzas le hubieran fallado. Se oyó el ruido lento de sus pasos en la escalera.

Hada ya no pudo resistir más aquella terrible tensión. Fue incapaz hasta de gritar de nuevo. Sus rodillas se doblaron y cayó blandamente a tierra.

CAPÍTULO X

Aquellos tres jovenzuelos, aquellos tres refinados hijos de zorra procedían del fondo de lo que se ha dado en llamar *sociedad de consumo*, en el sentido peyorativo de la expresión. Para ellos la vida empezaba y terminaba en una botella de licor y en un buen coche. Nada más. La botella de licor les animaba y el buen coche les proporcionaba todas las mujeres que les hacían falta.

No porque ellas quisieran acompañarles voluntariamente, desde luego. Sino porque en ciertas calles solitarias de Dallas ninguna chica se resistía a la *amable* invitación de tres individuos que la arrastraban a la fuerza.

No era de extrañar que los policías de la ciudad llevaran los revólveres siempre en actitud de *sacar*, al estilo del viejo Oeste, y que no dieran el alto más de una vez. No era de extrañar tampoco, que los miembros de la pandilla fueran cuatro hasta el mes anterior. Ahora eran sólo tres porque uno yacía en el cementerio municipal con la bala de un «Colt» reglamentario en la cabeza.

Tomaron la curva a velocidad suicida y abrieron una de las portezuelas posteriores del lujoso «Lincoln» robado.

—¡Afuera!

La chica salió despedida.

Tropezó en su vuelo con un poste del alumbrado y quedó hecha un ovillo, terriblemente quieta.

Sus ropas estaban desgarradas. De algunas contusiones brotaba la sangre.

Pero las tres hienas motorizadas no estaban satisfechas. Aquella muchacha raptada a dos millas de allí, en un *snack* de la carretera, les había dado mal juego dentro del coche. Había demostrado ser una fierecilla con mucha más fuerza de la que imaginaron. Si ella tenía moraduras en todo el cuerpo, ellos también. Uno presentaba una lamentable cicatriz junto a un ojo a causa de un taconazo.

—Tenemos que buscar otras.

—Pero una que sea más débil. Y con esa nada de contemplaciones. Hay que aporrearla bien desde el primer minuto.

—Cierto. Eso es. Hay que cargársela enseguida.

—¡Mirad!

—¿Qué?

—¡Allí!

En efecto, una chica salía despavorida de una casa. Sus rodillas vacilaban. Daba la sensación de ir a caer sobre el asfalto mojado de un momento a otro.

Ninguno de los tres pájaros sabía que se llamaba Hada. Ninguno podía sospechar ni de lejos lo que le había sucedido.

Sólo una cosa era evidente: una muchacha que apenas podía andar, menos podría resistir las acometidas combinadas dentro del coche.

—¡Búscala!

El sitio era solitario.

Ni soñado para aquello.

El «Lincoln» hizo un rápido zigzag y cortó bruscamente el paso a Hada. Ésta lanzó un gemido creyendo que habían querido atropellarla.

Las portezuelas se abrieron.

—¡Tú adentro!

Manos ansiosas se tendieron hacia Hada. Ésta no pudo resistirse. Después de la espantosa tensión anterior, aquella brutalidad la dejaba desarmada.

Fue introducida a la fuerza.

—¡Es estupenda!

—¡Qué hallazgo, muchachos!

—¡Y apenas se mueve! ¡Tú llévanos al lago!

Hada tenía los ojos desencajados.

Sabía que era inútil chillar. El automóvil rodaba a gran velocidad, buscando las calles solitarias, y nadie la oiría.

Manos ansiosas buscaron su cuerpo.

Ninguno de los tres distinguidos hijos de perra notó que un «Mercedes» despegaba de la acera a poca distancia de la casa, cuando su conductor vio lo que pasaba con la chica. Era un extraño conductor de ojos amarillos y de boca espantosamente roja; un extraño hombre de edad indefinible, de manos huesudas y de expresión fría como el hielo.

Conducía muy bien.

Mejor que cualquier chófer de los Estados Unidos, comprendidos los pilotos de carreras. No en vano la mayor experiencia que podían tener éstos se limitaba a cuarenta años de volante. En cambio Graf llevaba conduciendo desde 1890. Uno de los tres primeros coches que rodaron por Budapest fue suyo.

Sin precipitarse, con prudencia, pero sacando todo el juego a su poderoso motor, fue manteniendo la distancia con el «Lincoln». Ni el conductor ni los otros dos se dieron cuenta. Además el «Lincoln» daba terribles bandazos que le impedían sacar ventaja.

Graf vio adonde se dirigían.

Sonrió siniestramente.

Tenía gracia.

Como quien dice, iban a ser huéspedes del jardín de su finca.

El «Lincoln» se detuvo de pronto sobre la hierba. La portezuela se abrió. Hada salió despedida y trató de correr.

Uno de los jovenzuelos le hizo un auténtico placaje de rugby.

Rodaron los dos por el suelo.

Uno de sus compañeros salió también. El conductor se dispuso a cerrar el contacto para estar más tranquilo.

Empujó la portezuela.

Y de pronto se estremeció.

¿Qué era aquello?

¿De dónde había salido aquella mano huesuda? ¿De dónde aquel extraño tipo vestido de negro? ¿De dónde aquellos ojos amarillos?

—¡Eh, suélteme! —masculló—. ¡Váyase al infierno, maldito hijo de la *bofia*!

—¿La *bofia*? —preguntó Graf, lentamente—. ¿Qué es la *bofia*?

—¡La policía!

Graf lo atrajo hacia sí por encima del borde del asiento.

Tenía una fuerza inhumana.

Sus ojos brillaron diabólicamente como si se dispusiera a celebrar un festín de sangre.

Y en realidad eso era.

Un festín teñido de rojo…

El joven lanzó un aullido, pero ninguno de sus compañeros lo oyó. Los agudos dientes (y sin embargo, parecían unos dientes tan normales…) le habían seccionado la yugular. Un chorro de sangre empezó a manchar la tapicería mientras las manos le soltaban.

Una mueca de espantoso horror se dibujó en la cara del joven al verse libre. Salió del «Lincoln» lanzando gritos guturales. Sus ojos desencajados se clavaron en sus compañeros que aún no habían conseguido nada, excepto destrozar los vestidos de Hada.

Éstos vieron la sangre.

No lo entendían.

Uno de ellos barbotó:

—Pero Kent…

Tuvo que callarse, porque la sangre le estaba salpicando. Se dio cuenta con horror de que Kent se moría. Las cuatro manos que aferraban a Hada la soltaron bruscamente.

¿De dónde había salido aquella especie de fantasma? ¿Por qué sus ojos les miraban de aquella manera? ¿Por qué su boca estaba tan espantosamente manchada de sangre?

Ninguna de aquellas preguntas tuvo respuesta.

Graf aferró por los cabellos a otro de los atacantes. Lo arrastró. El que seguía junto a Hada sacó un cuchillo.

—¡Suéltelo! ¡Suéltelo o le abro en canal!

Graf ni se molestó en contestar.

Vio venir a su enemigo con el cuchillo por delante.

Pero para Graf aquello era un juego de niños. La gente de ahora —según pensaba él— ya no sabe emplear el cuchillo bien. Doscientos años antes aún seguía siendo un arma eficaz y peligrosísima, pero ahora no lo es, porque no sabe usarse a conciencia. Aquel jovenzuelo, por ejemplo, daba pena.

Graf lo rechazó con un puntapié al bajo vientre. Luego le hizo una presa que le habían enseñado en los barrios bajos de Estambul, en la época de los sultanes, los antiguos jenízaros turcos.

Se oyó un terrible alarido de dolor.

Graf le había roto la columna vertebral.

Lo dejó caer a sus pies como un pingajo.

Pero el otro ya se había escapado. No se acordaba de nada ni de nada que no fuera su deseo frenético de huir. Corrió locamente hacia la casa.

Graf no le persiguió.

¿Para qué?

También Isadora tenía derecho a su ración aquel día…

CAPÍTULO XI

El fugitivo encontró la puerta abierta. Jadeando como una bestia acosada pasó al interior. Vio que todo estaba amueblado con gusto exquisito, al viejo estilo colonial americano, y que hasta los menores detalles indicaban que allí vivía gente rica.

Cerró a su espalda.

Pasó el pestillo.

Menos mal.

Se había librado de una horrible y además inexplicable muerte.

En aquella casa habría un teléfono desde el cual poder avisar a la policía. No le importaba lo que pasara después con los interrogatorios. Lo esencial era salvar de momento la piel…

Pisó las mullidas alfombras y atravesó una puerta. Vio una salita acogedora e íntima. Y en la salita una mujer.

Sus ojos se entornaron.

Qué extraña mujer aquélla…

Qué seductora, qué bonita… ¡y al mismo tiempo qué inquietante! Había en ella algo que embrujaba, que hacía perder la medida de las cosas.

Pero al mismo tiempo daba miedo…

Isadora le sonrió suavemente.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Ray…

—¿Qué le pasa? Parece muy asustado. ¿Quiere beber algo?

—¡Para beber estoy ahora! —Ray recobró de pronto toda su confianza—. ¡Lo que necesito es un teléfono! ¡Pronto! ¡Un teléfono para llamar a la policía!

—¿La policía? ¿Qué pasa?

—¡Ahí fuera están asesinando a mis amigos! ¡Mejor dicho, han sido asesinados ya! ¡Yo he escapado de milagro!

Isadora no contestó. Fue hacia la ventana y miró distraídamente al exterior. Pudo ver perfectamente una chica caída en la hierba, sin sentido, y que supuso sería la próxima víctima. También había dos jóvenes muertos que estaban siendo arrastrados por Graf hacia un sitio más discreto. Sin duda iba a darse un magnífico festín antes de empezar con la muchacha.

Sonrió.

—No veo nada —dijo—. Ahí fuera no hay nadie.

—¿Pero qué pasa? ¿Es corta de vista? ¡Dígame inmediatamente dónde está el teléfono!

Ella se sentó.

Sabía cómo hacerlo. El *sexy* no es una cosa que se haya inventado ahora, y ella había aprendido las posturas más sugestivas con las perversas cortesanas de la Francia de Luis XV. Se la podía llamar cualquier cosa, pero no novata. Ray quedó sin

habla.

No estaba acostumbrado a aquello. Las únicas muchachas de las que había conseguido algo sin forzarlas, eran chicas semidrogadas que se dejaban caer sobre las alfombras como si tuvieran epilepsia.

¡Qué distinta era ésta!

¡Qué gracia diabólica tenía!

Isadora musitó:

—¿Qué pasa? ¿No te sientas?

—Por favor, dame el teléfono…

—Ven aquí antes, hombre. Bebe algo… ¿Quién crees que va a buscarte en esta casa?

Y añadió con felina suavidad:

—No corres ningún peligro…

Él se dejó convencer. Había algo magnético en aquellos ojos. Había algo inquietante y mórbido en aquellas curvas que se le exhibían tan pícaramente.

Se sentó junto a ella y buscó sus labios. La proximidad de la muerte le dotó de una especie de extraño frenesí. Lo cerca que había estado de perder la piel le llenaba de ansias de vida.

Pero encontró que aquellos labios estaban helados.

Y secos, terriblemente secos. ¿Podían saber a arena los labios de una mujer?

Ella apartó un poco la boca para susurrar:

—Me hacías falta…

Y le clavó las uñas. Se las clavó tan fuerte que Ray tuvo que lanzar un gemido de dolor, de sorpresa, de angustia…

Ella le atrajo con las uñas clavadas mientras decía suavemente:

—Ven…

CAPÍTULO XII

Aquellas uñas eran como garfios clavados en su piel, como pequeños arpones que le mantenían quieto junto a la mujer sin poder evadirse. Ray volvió a gritar mientras sus ojos se desencajaban y sus manos golpeaban en el vacío.

De pronto tuvo la certeza terrible de que iba a morir. De que había entrado en una especie de planeta del horror que empezaba y terminaba en aquella casa. También se dio bruscamente cuenta… ¡de que ahora el aliento que le enviaba la mujer era fétido! ¡Era un aliento de muerte!

Fue el horror lo que le dio fuerzas. Aun a riesgo de que las uñas le desgarraran saltó hacia atrás. Rodó por la alfombra mientras ella se ponía en pie.

Isadora no tenía prisa.

Se arregló la falda. Seguía enseñando muchas cosas, pero eso la divertía. Mientras Ray corría hacia la puerta ella sujetó con mano firme el atizador de la chimenea.

El fugitivo ya iba a llegar a la puerta. Tendió ansiosamente la mano hacia el pomo.

Isadora tiró de la alfombra.

Al fallar el suelo bajo sus pies, Ray cayó. Vio, con los ojos desencajados, que ella avanzaba poco a poco.

Jamás le había dado miedo una mujer. ¡Y sin embargo, ésta le aterrorizaba! ¡Era como la propia muerte!

Vio que el atizador caía sobre su cabeza.

—¡Nooo! —fue lo único que pudo aullar—. ¡Noooo…!

El primer golpe no le mató. Fue una lástima para él. Como entre una densa neblina roja le pareció que el cuerpo de la mujer se movía poco a poco para golpearle mejor.

—Piedad…

No supo si había pronunciado la palabra.

El próximo golpe le destrozó la cara.

Isadora quería alargar el suplicio. Se estaba divirtiendo. Aquello le recordaba otras épocas en que la gente ni para morirse tenía prisa.

Otro golpe.

Y otro…

Y otro…

La sangre empapó la alfombra. Isadora Graf se inclinó un poco mientras murmuraba:

—No debías tener ni veinte años…

Buscó el cuello de su víctima mientras alguien abría la puerta principal de la casa. Mientras en aquella zona quieta de Dallas se hacía más espeso y más inquietante el silencio.

Graf la vio y susurró al entrar:

—Las mujeres de ahora no perdéis el tiempo…

CAPÍTULO XIII

Ella alzó la cabeza, apartándola del cuerpo de su víctima. Una sonrisa malsana flotaba en su boca. Isadora Graf estaba ahora más joven y más bonita que nunca, pero también su rostro destilaba más maldad, más fuerza, más confianza en sí misma. Y la confianza en sí misma de Isadora, significaba la muerte para los otros.

—¿Mujer de ahora? —preguntó burlonamente—. ¿Pero tú qué te has creído, Graf?

—Es una manera de hablar. ¡Y como cada vez te veo más moderna!

—¿Dónde has atrapado a esos buitres?

—Iban por ahí… Habían robado un «Lincoln». Pretendían divertirse con una chica.

—¿Joven y bonita?

Graf entornó los párpados.

—Claro…

—La he visto tumbada en la hierba —reconoció Isadora—. Sí… Era joven y muy bonita. Lástima que no haya podido ver su rostro, pero si estaba en proporción con sus piernas y con el resto de su cuerpo, debía ser una auténtica belleza.

—Lo era —dijo Graf.

—Supongo que ya no se puede aprovechar nada de ella…

—No le queda ni una gota —dijo Graf tranquilamente, como si hablara de la cosa más natural del mundo.

—Debieras haber pensado en mí. Sabes que las hormonas femeninas me rejuvenecen.

—Lo siento, Isadora. Hoy era mi día. Pero encontraré otras muchachas porque creo que en Dallas hay mucho camino por recorrer. En ese aspecto no te preocupes…

Y miró con indiferencia el cadáver del joven mientras acariciaba turbiamente las formas de Isadora.

—¿Qué has hecho con los cadáveres? —musitó ella—. Me gusta vivir aquí y no quiero que lleguen a ser un estorbo para nosotros. Los has hecho desaparecer, supongo.

—Claro. Están en el fondo del lago.

—¿Y el coche?

—Me desharé de él mañana. Ya buscaré un sitio donde no puedan encontrarlo más.

Isadora miró turbiamente al vacío. Ahora sus ojos tenían un extraño reflejo negro.

—La chica —musitó—. Me hubiera gustado verla hundirse poco a poco en las aguas del lago. Ella tan dulce, tan pura…

Y lanzó una carcajada áspera, ronca, lacerante.

Su único funeral por Hada.

CAPÍTULO XIV

James dejó el coche ante la residencia universitaria (en las ciudades extensas como Dallas nunca hay problemas para aparcar) y se dirigió hacia la puerta bajo una lluvia que ahora era insistente y fina. Le extrañó encontrar aquella puerta abierta y dejó que en sus labios se dibujara un leve gesto de inquietud. Pero por educación pulsó el timbre, esperando que alguien contestara.

El silencio más hostil le recibió, desde las entrañas de la casa. No parecía haber nadie en ella. Eso le extrañó aún más, pues había acordado con Hada reunirse allí.

Puso los pies en el vestíbulo y miró hacia el fondo.

Fue entonces cuando vio la sangre.

La sangre había resbalado hasta la alfombra, deslizándose en parte bajo ésta. Ahora ya no circulaba: era una masa pegajosa y seca. Una fría atmósfera de horror, de abandono, de muerte, flotaba en todas las habitaciones de la casa.

James sintió aquella vibración hasta en la medula de sus huesos. Pensó que la persona asesinada era Hada. Una especie de grito gutural partió de su garganta mientras corría hacia aquella puerta.

Y entonces la vio.

El casi ridículo pijama de Tom y Jerry.

La piel tersa.

Aquella piel que estaba espantosamente teñida de rojo.

Los ojos desencajados, salidos de las órbitas.

Aquella última mueca que parecía implorar…

Los seres humanos somos inevitablemente egoístas El dolor que no nos afecta nos parece menos dolor. Al darse cuenta de que la víctima no era Hada, James sintió un indefinible alivio.

Salió a las escaleras.

—¡Hada! —gritó—. ¡Hada!

Otra vez el silencio.

Aquel silencio pegajoso que se arrastraba pegado a las paredes y que sólo era roto por el runruneo de la lluvia.

Pronto se convenció el joven de que Hada había sufrido una persecución —había numerosos muebles derribados por tierra—, pero sin sufrir daños, porque no se veían más manchas de sangre. Tampoco parecía caber duda de que la muchacha había sido secuestrada puesto que no aparecía su rastro por ninguna parte.

James marcó el número de Burke.

Le faltaban fuerzas, incluso para hacer girar el dial.

Luego buscó una botella por todas partes. Necesitaba un trago como no lo había necesitado nunca. Por fortuna la encontró, porque las alumnas que estaban pasando fuera el fin de semana tenían allí escondidos licores de todas clases. No cabía duda de que eran unas chicas muy modernas.

* * *

—La chica asesinada se llamaba Ketty Bradford —dijo Burke, con un gesto de hastío—. Tenía diecinueve años y llevaba un par de cursos aquí. Creo que estudiaba lenguas clásicas, aunque más le hubiera valido dedicarse a modelo publicitaria, a juzgar por las líneas que tenía. No, no me mire con esa cara, James. No se ofenda… Llevo tantos años viendo chicas muertas que ya no me hacen impresión, y a veces hasta pienso que siguen estando vivas. También presenta las clásicas señales en el cuello, por lo cual debo darle la razón: esos monstruos están aquí, en Dallas. ¿Pero dónde se ocultan? ¿Y cómo llegaron a entrar en esta residencia femenina?

James no contestó.

¿Qué podía decir? ¿Que los había perseguido a través de medio mundo? ¿Y que sabía que, gracias a su dinero y a sus conocimientos excepcionales, entraban en los sitios sin dificultad alguna?

Había apretado los puños con tal fuerza que sus nudillos blanqueaban lívidamente.

—Están en la ciudad y yo daré con ellos —barbotó—. Sólo necesito que me preste alguna ayuda, Burke.

—¿Qué clase de ayuda?

—Muchas veces han vivido en hoteles —dijo el joven—, pero eso coarta sus movimientos. Por lo tanto, en cuanto pueden, alquilan una casa en una zona solitaria: por ejemplo, se van a vivir a zonas de playa en cuanto llega el invierno. Estoy seguro de que han alquilado una casa en Dallas y ahora sólo se trata de saber en qué sitio. ¿Será tan difícil averiguarlo para la policía?

—No —dijo Burke—. En veinticuatro horas tendremos controladas todas las casas que se han alquilado en la ciudad.

James le miró ansiosamente.

Había en sus ojos una súplica muda y patética.

—¡Pues entonces muévase! —pidió—. ¡Muévase, en nombre de todos los infiernos! ¡Cada minuto cuenta! ¡Movilice a toda la Brigada Criminal si hace falta! Aunque…

Se interrumpió. Algo parecía haberse quebrado en su garganta. Su mirada se perdió en el vacío.

—¿Qué? —musitó Burke.

—Me temo que ya sea demasiado tarde —dijo él con un hilo de voz—. Me temo que Hada, a estas horas, con su piel espantosamente blanca, ya no sea más que un pedazo de carne muerta…

CAPÍTULO XV

Cuando Hada recobró el sentido, tuvo la brusca sensación de haber estado soñando. Recordaba muy confusamente lo que había sucedido hasta aquel momento; la persecución, los cuatro jovenzuelos manoseándola, su sensación de horror, su caída en una especie de abismo sin fondo… Todas aquellas cosas formaban en su cerebro una brutal pesadilla. Le pareció por unos momentos que nada de aquello había sucedido, que todo era un sueño irreal. Pero al advertir, al tacto, que tenía las ropas destrozadas, se dio cuenta de que no, de que por desgracia había sido una sucia verdad.

Sus sentidos fueron despertándose del todo. Se dio cuenta de que estaba tendida en el suelo alfombrado de algún sitio y de que la rodeaba la más absoluta oscuridad.

Palpó.

Tenía una especie de techo muy bajo sobre su cabeza. Las paredes del recinto eran metálicas.

Tuvo un estremecimiento de horror.

¡La habían encerrado en el maletero de un enorme coche! ¡Tenía que ser el «Lincoln»! ¡La habían metido allí para luego poder ultrajarla!

No sabía lo que había sucedido desde el momento en que la tendieron en la hierba. Ignoraba que los tres jóvenes estaban desangrados y muertos. La impresión que tuvo fue la de que seguían vivos y vendrían a buscarla.

Sus dedos palparon ágilmente la cerradura del capó.

No estaba cerrado con llave. Pudo vencer la resistencia del mecanismo y abrir. Lo primero que le sorprendió entonces, rompiendo el silencio, fue el croar monótono de las ranas.

Debía estar muy cerca de un lago.

Miró en torno suyo. La oscuridad era casi completa, pero la luz de las estrellas se reflejaba en las aguas del lago. A la izquierda había un bosquecillo. A la derecha una elegante mansión del Sur en cuyo porche había dos luces encendidas.

Todo tenía una solemne calma. El croar de las ranas tranquilizaba los nervios.

Hada se dio cuenta de que tenía una magnífica oportunidad para huir y se deslizó silenciosamente fuera del coche. Vio que, en efecto, era el «Lincoln». A poca distancia estaban las sombras, y más allá se insinuaban las luces de una carretera.

Avanzó con el corazón encogido. Pisaba tan suavemente que ni siquiera crujían las hojas. Por un momento pensó que ya tenía la libertad al alcance de su mano.

Y de pronto todo cambió.

Oyó un crujido a su espalda.

Aquella zarpa cayó sobre ella.

Hada se estremeció mientras sentía el frío de la muerte en sus huesos, en el fondo de su sangre.

Pero sin embargo nada temible ocurrió. Al contrario, la voz fue conciliadora y

dulce. Los ojos casi amarillos del hombre la contemplaron entre las sombras.

—No temas —dijo—, no voy a hacerte ningún daño. Te había escondido ahí dentro precisamente para que no te ocurriera nada.

Hada le miró sin comprender. Por un momento sintió un ciego terror, un miedo espantoso que estuvo a punto de hacerla chillar hasta el paroxismo. Pero por otro lado se dio cuenta de que la mirada de aquel hombre era dulce. Sus manos la rozaban casi con suavidad. Debía ser cierto que no quería hacerle ningún daño.

—¿Qué quiere? —balbució Hada cuando fue capaz de hablar—. ¿Usted me ha salvado de aquellos tres salvajes?

—Sí.

—¿Cómo ha podido hacerlo? Eran tres contra uno…

—Tengo ciertas habilidades —dijo Graf, con la misma entonación suave—. No soy lo que se llama un hombre indefenso. Los tres se pusieron pesados y ya están en el fondo del lago. No debes temer más por ellos.

Hada se estremeció de nuevo.

—¿En el fondo del lago? —pudo decir.

—Olvídalos.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Graf.

—Usted mató a Ketty… Yo vi como… como…

Y bruscamente el horror del recuerdo la estremeció de nuevo. Fue a chillar. La mano huesuda le tapó entonces la boca.

Pero lo hizo suavemente, casi con ternura. Era extraño, pero cada vez que aquel hombre la rozaba el miedo desaparecía del corazón de Hada. Era como si la hipnotizase.

—No temas, no te ocurrirá nada malo —insistió él—. De momento no vas a vivir en esta casa. Quiero que elijas tú misma tu residencia.

Ella musitó asombrada:

—¿Eso quiere decir que me deja libre?

—Sí. No quiero que vivas en esta casa porque ella cree que estás muerta. Si te viese me vería obligado a dar explicaciones que no quiero dar.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

Y de pronto la muchacha lo comprendió, sin necesidad de que le llegase la respuesta.

¡Ella tenía que ser Isadora Graf! ¡La mujer del cuadro!

¡Estaba en poder de aquellos dos repulsivos seres! ¡Estaba en el fondo del abismo!

Pero, sin embargo, aquella mano seguía acariciándola con ternura. El roce de los dedos producía a Hada una suave quietud. Poco a poco se fue rehaciendo.

Además, necesitaba demostrar que no tenía miedo y aprovechar aquella oportunidad para huir.

—Viviré en un hotel de Commerce Street —dijo—. El Tívoli.

—De acuerdo… Perfectamente de acuerdo. Y ahora vete.

Latía una suave dulzura en la voz de Graf.

Tanto que la muchacha se estremeció. Aquella dulzura la aturdía mucho más que una amenaza.

—¿Puedo usar el «Lincoln»? —musitó.

—No. Tiene manchas de sangre y conviene que nadie lo vea. Ese coche he de hacerlo desaparecer. Lo que te conviene es atravesar el bosquecillo y llegar a la calle que hay más allá: pasan autobuses hacia el centro cada diez minutos.

A Hada le parecía estar viviendo un increíble sueño. Aquella conversación tan normal, casi tan dulce, con un asesino que había surgido del fondo del tiempo, la aturdía completamente. Pero le convenía aceptar, de modo que se dirigió hacia el bosquecillo.

Lo atravesó poco a poco.

Mil susurros llenaban la noche.

Era estremecedor lo que pasaba allí. Resultaba increíble que las luces, situadas a tan corta distancia, se extinguieran entre los árboles de una forma tan completa.

Era igual que avanzar por un túnel.

Desde la lejanía llegaba el rumor monótono, inacabable de las ranas.

Y de pronto Hada sintió que sus dientes entrechocaban. Cerró la boca con tal fuerza, que el golpe casi repercutió en el cerebro. Porque bruscamente acababa de encontrarse ante aquella cara.

Aguardaba entre los árboles.

Era aquella cara sin edad, aquella cara muerta y al mismo tiempo hermosa: aquellos ojos amarillos, aquellos labios demasiado rojos, aquella piel tal vez demasiado lívida, demasiado blanca…

Y aquellas manos delicadas.

Aquellas manos terminadas en largas uñas que se dirigían hacia ella.

En aquellos ojos supo leer la muchacha un odio satánico, un odio que estaba más allá de este mundo.

De la garganta de Isadora escapó un grito gutural. Parecía lanzado por el pico de un ave de presa.

Las manos la acorralaron contra un árbol. Hada chocó con el tronco y quedó medio aturdida, mientras un aliento helado llegaba hasta su nuca. Las uñas le desgarraron el cuello.

Pero no era sólo eso. Isadora Graf no buscaba acabar con ella lentamente, sino por la vía rápida. En su mano derecha apareció una auténtica daga florentina adornada de brillantes. Buscó con la punta el corazón de la muchacha.

Esta pudo apartarse a tiempo. No en vano era joven y conservaba una endiablada agilidad. La punta de la daga se hundió en el tronco del árbol, mientras sonaba otra vez aquel grito gutural.

Se oyó la voz de Graf desde lejos. Graf se estaba acercando al bosquecillo, aunque sin duda aún no veía nada.

—¡No lo hagas! —gritó—. ¡Déjala!

Isadora barbotó:

—¡Tú me dijiste que estaba muerta!

Y volvió a empuñar la daga. Hada había caído al suelo. Vio flotar encima de su cabeza aquellos diabólicos ojos amarillos y el brillo del acero que significaba la muerte.

Otra vez la daga florentina buscó su corazón.

Ahora el golpe era seguro.

Pero en ese momento los faros de los coches iluminaron el bosque como si fuese de día. Fue algo increíble. Los chorros de luz parecieron surgir de todas partes, como en el escenario de un teatro.

Inmediatamente se oyeron gritos.

—¡Allí!

—¡No disparéis! ¡Acorraladlos!

—¡Yo me acercaré! ¡No hagáis fuego!

Hada lanzó un gemido donde la ansiedad se mezclaba a la esperanza: acababa de reconocer la voz de James. Se dio cuenta de que habían dado con su paradero y de que estaba salvada.

En aquel momento nada tan fácil para Burke como matar a Isadora Graf, a la que veía claramente a la luz de los faros. Habían tenido suerte al acertar en la primera de las seis casas sospechosas que señalaron James y él. Una ráfaga de metralleta hubiera acabado con sus problemas y habría resuelto seguramente el caso.

Pero no se atrevió. Necesitaba interrogar a aquella diabólica pareja. Por eso repitió la orden a sus patrulleros:

—¡No tiréis! ¡Hay que rodear la zona!

Isadora Graf tuvo un leve respiro para correr entre los árboles y salir de la zona batida por los faros. Graf la esperaba junto a la casa. Señaló el «Mercedes» con un gesto febril.

—¡Aprisa! ¡Aún podemos huir! ¡Hacia el norte hay pantanos!

Conocía perfectamente aquellas tierras desde la época en que toda la zona era un conjunto de marismas por las que se deslizaban los indios. Pero sobre todo conocía técnicas que el hombre moderno ya había perdido: por ejemplo, el lanzamiento implacable del cuchillo.

Vio a un policía que se acercaba con su linterna.

De la derecha de Graf partió algo parecido a un delgado estilete. El policía se detuvo en seco al notar un leve pinchazo, pero sin sentir aún ningún dolor.

De pronto sus rodillas se doblaron.

No sabía lo que le ocurría.

Era como si con un bisturí le hubiesen cortado el corazón en seco…

Graf aprovechó la momentánea desorientación de sus perseguidores para tratar de escapar al cerco. Éste aún no se había consumado porque lo único que hacían por el momento los patrulleros era hurgar en la oscuridad con sus luces. Dio gas al «Mercedes» y éste salió disparado hacia el lago, dando la sensación de que quería hundirse en él.

Pero Graf sabía que había allí un sendero de la amplitud justa para que pasase el coche. Aquel hombre del siglo XVI manejaba con mucha más pericia, con mucha más experiencia que un hombre del siglo XX. Bordeó materialmente el lago y salió a la carretera por un repechón casi vertical, que parecía imposible pudiera remontar un coche.

Isadora iba a su lado. Tenía las facciones crispadas, pero no era de miedo. Parecía ausente, lejana…

Burke se dio cuenta de que aquel diablo sabía mucho más de lo que él había imaginado al principio. Al advertir la maniobra, lanzó un grito de rabia y ordenó a dos de sus patrulleros que siguieran al fugitivo. Los motores de los coches rugieron al iniciar la salida.

Aquello parecía Le Mans.

Sin saber que perseguían a un extraño ser que les llevaba siglos de ventaja, a un lejano monstruo que procedía de un mundo de pesadilla, los policías dieron gas a fondo. Vieron las luces de *stop* del «Mercedes» perderse en una curva a una velocidad suicida.

Pero ellos tampoco eran mancos.

Haciendo sonar sus sirenas, lanzaron sus motores al máximo. Los cambios de marcha crujían y los neumáticos casi arrancaban chispas al asfalto a cada viraje. Los aullidos de las gomas, cuando patinaban, parecían arrancados a una garganta humana.

Parecía increíble…

No ganaban terreno al «Mercedes».

En línea recta se situaban bien, pero cuando había curvas el coche perseguido volvía a desaparecer. Las tomaba más rígidamente aún, que si fuera un tracción delantera. No se despegaba ni un milímetro del asfalto, a pesar de su fantástica velocidad. Y ni siquiera hacía *cantar* los neumáticos. Graf conducía como un señor.

—Ese tío tiene que ser un campeón de Indianápolis —dijo uno de los policías, asombrado—. ¿De dónde diablos habrá salido?

—No te preocupes. Se acerca a la autopista y allí tendrá que detenerse entre las casetas de control. Está perdido.

Graf también lo sabía.

Todo dependía ahora de su serenidad en las próximas curvas. Pero serenidad, precisamente, no le faltaba; ningún hombre de las últimas generaciones tenía sus nervios.

Tomó la curva más ceñida que nunca. Y de pronto pareció como si el coche fuera a salirse de la carretera.

Isadora ni se alteró.

Confiaba en él.

Graf dejó el coche materialmente cruzado en la curva, mientras abría la portezuela de su lado y gritaba:

—¡Salta!

Ella demostró también una agilidad envidiable. Los dos se separaron del coche en el momento en que los dos patrulleros tomaban la curva a cerca de ciento treinta por hora.

No pudieron ya frenar. Los ojos de todos los que iban en aquellos bólidos se desencajaron al ver el «Mercedes» cruzado en la carretera. El segundo coche se salió de la pista, en un esfuerzo terrible y desesperado para evitar la colisión, chocó contra la valla protectora, salió despedido y se desintegró en el aire, convirtiéndose en una auténtica bola de fuego. El otro, el primero, ni siquiera eso pudo hacer. Se empotró de lleno en el «Mercedes» y sus tres ocupantes quedaron convertidos en algo así como un nuevo producto farmacéutico: papilla de policía. Ni siquiera se dieron cuenta de que morían. Entre el grito que empezó a surgir de sus gargantas y la muerte por aplastamiento, pasaron apenas dos segundos. Mucho menos se dieron cuenta aún, por supuesto, de que sus cuerpos se convertían en unas antorchas llameantes.

Desde el borde de la carretera, más allá de la valla protectora, Graf dijo con la mayor tranquilidad:

—Hermoso espectáculo… Lástima que no pueda acercarme a encender un cigarrillo.

Isadora tenía las facciones herméticas.

—Alejémonos de aquí —dijo—. Si no recuerdo mal, al otro lado de la vía férrea hay un atajo que conduce a Dallas.

Lo siguieron con la mayor tranquilidad. A la entrada de la capital se detuvieron incluso en un *snack* a beber un trago.

Graf examinó el catálogo de bebidas.

—¿Qué te gustaría? —musitó.

—Tú bien lo sabes…

Graf miró al camarero y dijo con indiferencia:

—Dos zumos de tomate bien espesos. Ah… Y ponga en cada uno de ellos una guinda…

CAPÍTULO XVI

El funcionario de la policía rumana que controlaba los pasaportes en el aeropuerto de Bucarest dirigió una respetuosa ojeada al hombre y la mujer que estaban ante él. Vestidos con una irreprochable elegancia, aunque ya pasada de moda, el pasaporte que le exhibían demostraba que eran dos personas de alta categoría ante las que necesitaba demostrar la mayor deferencia.

Puso el tampón y sonrió cortésmente.

—*Spasiva, tovarich* —dijo, pronunciando el ruso con un acento perfecto[1].

Y tendió el pasaporte a Graf. En él figuraban los retratos, ya un poco apergaminados, de éste y de su esposa.

Según el pasaporte —falsificado con una perfección que el funcionario no pudo notar—, el camarada Igor Gouzenko era miembro del Comité Central del Partido y se encontraba en Rumanía para asistir a una conferencia diplomática de alto nivel, en compañía de su esposa. De modo que incluso les acompañó a la salida del aeropuerto.

Graf, que acababa de llegar en vuelo directo desde Londres, después de desorientar a sus perseguidores —o al menos eso creía él— a través de medio mundo, se dirigió hacia el coche alquilado que ya le esperaba en el *parking*. Puesto que Rumanía recibe anualmente a muchos millones de turistas, las grandes firmas internacionales de alquiler de coches tienen agencias allí. El que esperaba a Graf era un lujoso «Volga» ruso. Firmó el recibo con un gesto displicente, dio una fantástica propina al empleado que los había estado esperando y se puso al volante para conducir hasta el centro del país.

Sus facciones seguían siendo herméticas.

No se movía en ellas ni un músculo.

Pero Isadora, que le conocía bien —¡y tan bien!— adivinaba en él un cambio. Ese cambio se insinuaba en sus ojos. Los de Graf tenían ahora una chispita de nostalgia, una lucecita remota de añoranza. Ciertamente, aquello significaba para él volver a su país después de casi treinta años de ausencia.

A Isadora le ocurría lo mismo.

También había en sus ojos una chispita más amarilla que de costumbre.

—Todo ha cambiado mucho —dijo ella, en voz baja—. Parece otro país… ¡Todo es tan distinto!

—El paisaje no —dijo suavemente Graf—. Los árboles centenarios siguen siendo los mismos. Mira… Aquel parque lo hizo construir el padre del rey Carol.

Bucarest es una gran ciudad-jardín, y sus alrededores tienen una señorial belleza. Nada había cambiado en aquel sentido en los últimos años, a pesar de que el régimen del país fuera tan distinto. Mientras tomaban la carretera que llevaba al norte, Graf musitó:

—En la época de Antonescu[2] estábamos aquí tranquilos. Luego vinieron los

rusos y lo estropearon todo con su estúpida manía de la igualdad. El señorío de estas tierras se estaba perdiendo. Los grandes barones como nosotros tuvimos que huir porque la vida aquí se había hecho imposible. Pero ahora el país va recobrando la normalidad, ¿no te parece? Y hasta creo que encontraremos intacta nuestra vieja casa.

Salieron de dudas unas horas más tarde, cuando el «Volga» les llevó hasta lo más abrupto, lo más inaccesible —y también lo más hermoso— de los montes de Transilvania. La luz del cielo, dulcemente matizada, recortaba con más limpieza que nunca la Torre del Homenaje de la que fue residencia feudal de los Graf. Los dos se dieron cuenta de que el edificio, tantas veces destruido, había sido reconstruido por completo y tenía un magnífico aspecto. El escudo señorial seguía campeando sobre la entrada, como lo estuvo durante tantos siglos, incluso cuando los cosacos de Catalina la Grande amenazaban las tierras de Rumanía.

Todo era como un sueño.

Era como volver a empezar.

Sólo una cosa había cambiado.

—Mira —dijo Isadora en voz baja.

Graf arqueó las cejas. Su aspecto cambió y en unos breves segundos se hizo mefistofélico, lúgubre.

Un funcionario vestido de gris paseaba por delante de la puerta, yendo de un lado a otro del viejo puente levadizo. Algunos colegiales salían de él. La explicación no la tuvieron hasta que pudieron leer la placa que había a un lado de la puerta: «Museo de la República Socialista de Rumanía. (Arte medieval).»

Graf apretó los labios demasiado rojos.

Habían convertido la hermosa casa en un museo. Pero bien mirado, ¿qué tenía eso de malo? Eso significaba que la habían mimado, que la habían reconstruido. Que las viejas piedras y los viejos papeles estaban en su sitio. Y que incluso cosas que ellos creían perdidas entre las ruinas habrían sido halladas y puestas a buen recaudo. Pensando la cosa con calma, no podían haber soñado nada mejor.

El funcionario se acercó a ellos.

—Pueden estacionar el coche al otro lado del jardín —dijo—. ¿Quieren visitar el museo? Aún faltan dos horas para que lo cerremos.

Graf sonrió.

—Naturalmente… —dijo—. Nunca hubiese imaginado que existiera una mansión así… Es preciosa.

—Los dueños murieron hace varios siglos —dijo el funcionario—. Ahora pertenece al Estado.

—Pobres dueños —dijo suavemente Graf, con aquella expresión que no se sabía si era burlona o terriblemente seria—. Rezaré por ellos.

Y entró en el museo, pero pasando por taquilla. Era la primera vez que le hacían pagar dinero por poner los pies en su propia casa.

* * *

El funcionario miró el reloj.

—Eh, tú, Pavel —dijo.

Un compañero se acercó. Tenía ya en las manos la llave con la que iba a cerrar la enorme puerta.

—¿Qué pasa, Nades?

—¿Tú has visto salir a aquel matrimonio? ¿Los dos que iban en el «Volga»?

—No, no les he visto. Pero ya deben haberse ido porque no se ve el coche.

—Es que lo han puesto al fondo del jardín. Quizá no se vea por eso.

—Bueno, ¿y por qué te preocupas? Seguro que se han ido ya, hombre. Ayúdame a cerrar.

Los dos hombres afianzaron bien la puerta. Luego uno de ellos se alejó, mientras Nades se dirigía al fondo del jardín por si aún estaba allí el «Volga».

No acababa de sentirse tranquilo.

En los ojos de aquel hombre y aquella mujer había visto algo distinto, un extraño reflejo amarillo, una lucecita infernal, un chispazo del más allá que le hubiera quitado el sueño.

De pronto se estremeció.

El «Volga» estaba allí.

Estaba allí como una masa quieta, silenciosa, negra bajo las estrellas.

Eso significaba que los dos visitantes aún se encontraban dentro. Nades avanzó con las facciones crispadas y todos los músculos en tensión.

Y de pronto captó aquella lejana, aquella profunda respiración. Era una cosa muy extraña.

Era como si respirase el parque entero.

Como si respirasen los árboles, las sombras, las piedras que tenían siglos de antigüedad. Como si respiraran incluso las remotas y silenciosas estrellas.

Nades se volvió.

Sin embargo, allí había algo humano.

¡Alguien estaba respirando ansiosamente tras él!

Al volverse del todo, sus ojos se desencajaron y estuvo a punto de lanzar un grito. Pero ni eso pudo. Vio de repente aquel parpadeo amarillo, aquellas zarpas, aquellas uñas, aquella piel apergaminada… ¡aquella siniestra boca!

Parecía increíble lo que había cambiado la mujer desde la tarde. En estos momentos era una siniestra vieja. Había en ella algo trémulo, caduco, algo que parecía a punto de desintegrarse y morir.

Pero, sin embargo, tenía la agilidad de una joven. Miró con ansia al hombre. Antes de que él gritara, Isadora… ¡saltó!

Se oyó una especie de rugido gutural.

Rodaron por el suelo. El hombre trató de desasirse, pero no pudo. Se hundieron entre unas zarzas y de pronto sintió que las uñas penetraban en su carne.

También penetraron los dientes. Aquellos dientes afilados, duros, certeros como bayonetas.

El hombre sintió que todo daba vueltas. Notó que le dominaba una progresiva debilidad. De su garganta escapó apenas un estertor.

Un sonido de succión, un sonido áspero y siniestro, cada vez más rápido, llenó las sombras de la noche.

CAPÍTULO XVII

Graf se arrastró también hasta allí. Estaba muy débil. Sus ojos extraviados se clavaron en la figura de la mujer que por instantes cambiaba, que se llenaba de nuevas fuerzas. Sus ojos adquirían brillo, su piel se tensaba. Las formas, antes secas y estiradas, se redondeaban por momentos.

Graf musitó:

—Debieras haber pensado en mí. Yo empiezo a sentirme débil.

Ella no contestó.

Fue arrastrando poco a poco el cadáver para que no lo descubrieran hasta desaparecer con él.

Cuando regresó, mostrándose de nuevo a la luz fría de las estrellas, era una mujer casi perfecta. Sus formas se habían redondeado del todo. Sus líneas tenían una turgencia, un toque de mujer de gran clase. Los vestidos pasados de moda le sentaban bien. Y sin embargo, Isadora Graf inspiraba un frío sentimiento de horror a causa de la luz inhumana que ahora flotaba en sus ojos.

Hasta Graf se sintió impresionado.

Con voz débil preguntó:

—¿Por qué no me has avisado? Hace ya demasiados días que no me alimento. Acordamos que en las épocas malas nos lo repartiríamos todo los dos.

—Te equivocas —dijo ella, con una sonrisa glacial—. Lo que acordamos fue alimentarnos por turno.

—Cierto, eso es cierto… ¡pero da la casualidad de que la que te alimentaste la última vez también fuiste tú!

Ella no contestó.

Siguió envuelta en aquel silencio distante que por un momento dejó a Graf desconcertado.

—¿Qué pasa? —murmuró al cabo de unos instantes—. ¿Qué ha pasado entre los dos? Estamos en nuestro viejo hogar, en nuestro ambiente, en nuestro mundo. Lo hemos encontrado todo mejor que lo dejamos. ¿Por qué esa cara? ¿Es que ya no confías en mí?

Ella dijo secamente:

—No.

—¿Por qué razón?

—Tú me dijiste que estaba muerta.

Graf tuvo un estremecimiento. Se encogió unos instantes como si quisiera concentrarse en sí mismo.

Luego musitó:

—Ah, era por eso…

—Me engañaste, Graf. Nunca me habías engañado hasta ahora.

—¿Y por qué no hemos hablado antes de ese problema? ¿Por qué lo has tenido

callado durante casi dos semanas, mientras nos dedicábamos a tratar de huir?

—Por eso, porque nos dedicábamos a tratar de huir y yo no tenía un momento de paz. Lo más importante era lo más importante. Pero ahora estoy tranquila y quiero que hablemos de eso.

—Me equivoqué —dijo, sencillamente, Graf—. Sabes, que no cometo errores, pero tampoco puedo acertar siempre. Hay momentos en que hasta una persona como yo se distrae. Creí que estaba muerta.

Ella le miró con un hondo, con un desprecio infinito, que parecía llegar desde más allá del tiempo.

—No, no lo creías, Graf. Mientes.

—¿Qué quieres decir?

—Tú la ayudaste a escapar. Tenías el mayor interés en que no le pasara nada.

—¿Y por qué no has de creerme? —musitó él—. ¿Qué razón hay para que ahora dudes de mí?

—Sólo una.

—¿Cuál?

La mirada de desprecio, aquella mirada de odio que atravesaba el tiempo llegó de nuevo hasta él.

—Esta razón —dijo Isadora con voz silbante—. ¡Esa muchacha, Hada, es el vivo retrato de tu hija!…

CAPÍTULO XVIII

El funcionario selló los pasaportes, miró con cierta envidia el magnífico reloj suizo que llevaba el joven y preguntó por rutina:

—¿Turismo?

—Estudios —dijo James—. Quiero hacer unas investigaciones pictóricas por cuenta de la Fundación Rockefeller.

—Ah, sí, Rockefeller… Mucho dinero, ¿no?

—No crea… Para tabaco y poca cosa más.

El funcionario lanzó una carcajada.

—¿Dónde van a residir mientras estén en el país?

—En el hotel Athenea, de Bucarest, pero sólo un día. En realidad no vamos a detenernos en la capital.

—¿Pues dónde?

—Busco una vieja residencia. Quizá usted la conozca… Debe estar en los montes de Transilvania.

—Allí todas las residencias son viejas y muy hermosas. Últimamente vienen muchos directores de cine a trabajar en ellas.

—Me refiero a la vieja residencia de los Graf.

—Los Graf… Ese nombre me suena. Espere.

Hizo una seña a la funcionaria de una ventanilla cercana e indicó a los dos viajeros que podían pasar allí. La funcionaría, que pertenecía a Turismo, consultó en un catálogo y les indicó que el castillo de los Graf se encontraba, efectivamente, en los montes de Transilvania, pero que había sido socializado y convertido en un museo.

—Tiene magníficas obras de pintura y hasta viejos documentos encontrados en la comarca —dijo—. Antiguamente la zona resultó muy movida, ¿saben? Guerras, tumultos… Y hasta el castillo tuvo mala fama. Varias veces nos han pedido permiso para rodar películas en él, pero nunca lo hemos concedido porque es una institución cultural de gran categoría. Tememos que los equipos de filmación estropearan alguna cosa.

—Comprendo —murmuró James—. ¿Y dice que hay viejos documentos hallados en la comarca? ¿Y cuadros?

—Sí. Todo de un enorme interés. ¿Quieren ir allí? Les advierto que no hay ferrocarril, y la mejor manera de llegar hasta allí es poniéndose de acuerdo con la agencia estatal de viajes o alquilando un coche.

—Creo que ésa sería la mejor solución —dijo pensativamente James—. ¿Dónde puedo alquilar uno?

—En aquella ventanilla.

—Gracias.

Los dos fueron hacia el sitio indicado. Una empleada que hablaba en perfecto

inglés les aseguró que habían estado de suerte. Todos los coches estaban ocupados, pero acababa de llegar uno, un «Volga», justo desde el castillo de Graf.

—Lo alquilaron dos personas —explicó—, y lo abandonaron allí. No lo entiendo. Nos lo han devuelto esta misma mañana. James se estremeció.

No supo por qué.

—¿Cuál es? —bisbiseó.

—Aquél.

Hada, que había asistido al diálogo en silencio, apretó los labios con un gesto de inquietud.

—No hay duda de que se trata de un coche que tiene ambiente —dijo, casi sin voz.

James musitó:

—En eso tienes razón. No le falta ambiente. Y si es cierto lo que estoy pensando, hasta tiene demasiado ambiente.

Pero se dirigió a él. No vaciló a pesar de que tuvo la sensación de que entraba a pie en su propio coche funerario.

CAPÍTULO XIX

Tomaron la última curva y entonces el castillo apareció majestuoso ante sus ojos, con más gracia, con más esbeltez y con más limpieza que jamás tuvo en toda su historia. La restauración había sido hecha con un arte exquisito. Pero flotaba algo allí, algo imprecisable, algo que hacía sentir frío en la columna vertebral.

Hada trató de animarse, sin embargo.

—Nunca imaginé que fuera tan hermoso —dijo—. Los Graf debieron figurar entre los barones más importantes de Transilvania.

—Lo eran, sin duda. Pudieron llegar a los más altos cargos a causa de su influencia y de sus riquezas, pero por lo que he leído, lo despreciaron todo. Nunca salieron de aquí.

—¿Cuántas habitaciones tendrá esto?

—Unas cuarenta. Y los sótanos.

—Dios mío… Como para perderse…

—No menciones esa palabra —dijo, suavemente, James—. No me gusta.

—¿Por qué?

—Mira.

Y el joven señaló hacia el bosque que había al fondo de los jardines. Unos cuantos policías de la Seguridad rumana tomaban fotos. Otros buscaban huellas entre la hierba y procuraban obtener moldes de yeso. Por fin, cuatro camilleros transportaban un bulto inerte, espantosamente rígido, cubierto con una sábana.

Hada se llevó dos dedos a los labios como si quisiera contener un gemido.

Palideció hasta que su rostro adquirió una lividez cerúlea.

—¿Piensas… lo mismo que yo, James? —murmuró.

—Sí.

—Entonces, vámonos de aquí.

—Es inútil, Hada. Ya hemos llegado hasta el fin, y no podemos retroceder. Fue antes cuando debiste haberlo pensado. Te pedí varias veces que no vinieras.

Ella cerró un momento los ojos.

—Están aquí… —dijo como una obsesionada.

—Sí. Claro que están aquí.

—Entonces vamos. No creas que tengo miedo. Sólo ella me lo da, eso he de confesarlo. Él, no. Parece mentira, ¿verdad?

James no la entendió.

—Sí —dijo—. Parece mentira.

Y estacionó el coche delante de la entrada. Un funcionario se acercó a ellos.

James miró hacia arriba, hacia las ventanas emplomadas.

Tuvo la sensación de que un rostro difuso le miraba desde allí, de que le contemplaba desde más allá del infierno.

CAPÍTULO XX

En efecto, no se había equivocado. Un rostro difuso, fantasmal, borroso, les había contemplado a los dos desde la ventana emplomada. Graf y su esposa estaban allí, contemplando todo lo que sucedía, porque a pesar del registro a que fue sometido el castillo, no habían podido hallarlos.

Lo conocían demasiado bien.

Lo conocían, por supuesto, bastante mejor que los funcionarios de la Seguridad rumana.

Fue Graf el que susurró:

—Sabía que vendrían. Sabía que acabarían persiguiéndonos también hasta este rincón perdido del mundo.

Isadora no contestó.

Sus ojos no tenían ahora ningún reflejo. Eran como dos puntitos inmóviles en su rostro. Señaló las pequeñas escaleras que descendían hacia la cripta.

Allí estaban las sepulturas de los antiguos barones del castillo. Sepulturas vacías, naturalmente, porque sólo se habían conservado los sarcófagos por el valor histórico que tenían.

Isadora musitó:

—Vamos por separado. Tú sabes bien en qué sitio tenemos que pasar la noche.

Se separaron de la ventana como si fueran dos sombras. Un sol oblicuo y triste llegaba hasta la pared del fondo de la habitación. Una sensación de olvido flotaba en aquel polvo de siglos.

Graf musitó:

—Perdí a demasiados seres queridos mientras vivía aquí. Hay momentos en que este ambiente no me gusta…

* * *

Mientras visitaban las viejas tumbas de la cripta, mientras pasaban revista a los pergaminos exhibidos en las vitrinas, James y Hada tenían todos los nervios en tensión. Curiosamente, sus enemigos eran ahora los funcionarios que vigilaban el museo, y de los cuales tenían que evadirse lo antes posible, si querían pasar la noche allí y llegar a averiguar alguna cosa.

Hada musitó:

—La cripta está poco vigilada.

—¿Tú crees que podríamos ocultarnos detrás de los sarcófagos? Tengo la sensación de que lo vigilan todo…

—Depende de la gente que haya. Si tenemos la suerte de que entre un grupo, no lo notarán.

Y tuvieron suerte. Dos grupos, uno de turistas y otro de alumnos de un instituto, llenaron el museo. Durante más de una hora fue casi imposible moverse con libertad entre la gente, que se daba codazos para ver mejor las piezas más selectas. Era el clásico turismo de masas, lo que hace perder su ambiente a los lugares más significativos.

Pero al cerrarse las puertas del museo, todo cambió. James y Hada, ocultos detrás de unos sarcófagos, tuvieron la sensación de que los habían encerrado en su propia tumba. Una luz violácea y diluida entraba por las ventanas emplomadas. Los rumores externos fueron cesando, desde el run-run de los autocares a las voces de los que hacían la ronda por los jardines del castillo.

Nadie se había dado cuenta de que dos intrusos estaban encerrados allí.

Todo en el inmenso castillo fue convirtiéndose en una inmensa mancha negra, sólo rota a intervalos por las luces de emergencia, situadas una cada quince metros.

Curiosamente, aquellas luces eran lo que más helaba la sangre. Tenían un color violáceo y mortuorio. En la absoluta oscuridad de los pasillos, producían el efecto de ojos misteriosos que espiaran desde las sombras.

James susurró:

—Hada…

No se habían hablado durante más de dos horas, mientras permanecían ocultos allí. Tenían la sensación de que el silencio les ahogaba. Hada se despegó del sarcófago mientras miraba hacia la derecha.

—James… ¿estás ahí, James?

Los dos se encontraron entre las sombras.

Un silencio pegajoso les envolvía. Era un silencio que parecía penetrarles por los poros y quitarles poco a poco las fuerzas.

—James, tengo miedo… —bisbiseó Hada—. Ahora pienso que nunca debimos quedarnos aquí.

—Es el único sistema que tenemos para averiguar alguna cosa, Hada. Desde fuera, jamás lo lograríamos.

—Pero si están aquí, corremos… corremos un terrible peligro…

—No me dejaré sorprender. Puede que las armas convencionales no sirvan de nada contra esa especie de monstruos, pero tengo mis puños. Y estoy seguro de que esos vampiros pueden quedar K. O. como un hombre cualquiera.

—Vampiros… No me gusta la palabra que acabas de emplear.

—No sé qué otro nombre darles, Hada. Pero, en fin, eso importa poco ahora. Lo esencial es saber dónde están.

Ella respiró hondamente.

Necesitaba darse ánimos, no dejarse llevar por la tensión angustiosa de sus nervios.

—He leído antes algo curioso en esos documentos, James —dijo, intentando encauzar sus pensamientos en otra dirección—. Los documentos que están en las

vitrinas, ¿sabes? Recogen una antigua leyenda que tuvo mucha vigencia en Transilvania.

—¿Qué leyenda?

—Una según la cual, aunque los vampiros murieran por habérseles clavado una estaca en el corazón, tenían posibilidades de vivir nuevamente si se conservaban los cuadros en que estaban pintados sus rostros. Quizá por eso los campesinos de las aldeas inmediatas, cuando devastaron esto y profanaron las tumbas, tuvieron tanto interés en quemar todos los cuadros que había en el castillo. Pero quedó el de Isadora Nubel. Ese cuadro de Isadora Nubel que ahora está en la Fundación Rockefeller de Nueva York. Y apostaría a que existe también el de Graf.

—Yo también he leído eso —musitó James—. E incluso te diré algo más: si alguien pintara de nuevo las caras de los muertos, podrían volver a la vida. Pero no hay que hacer caso. Son leyendas de un país montañoso que durante demasiados siglos estuvo encerrado en sí mismo. Además, ¿quién se acuerda de las caras de los muertos?

Y señaló a la muchacha uno de los pasillos.

—Vamos hacia allí.

—¿Qué hay al fondo?

—Una sala con docenas de viejos iconos y con primitivas tallas en madera, algunas de gran tamaño. Creo que es un sitio donde podrían haberse ocultado. Al menos hay que probar.

Avanzaron los dos en silencio.

Se movían como sombras.

Dejaron atrás la zona de los sarcófagos. El silencio pesaba sobre sus cabezas como una amenaza. Había instantes en que, para dar salida a la tensión insoportable de sus nervios, Hada se hubiera puesto a chillar.

Los viejos iconos tenían una expresión entre melancólica y siniestra bajo el resplandor de las luces de emergencia. Las tallas en madera de la imaginería religiosa parecía como si fueran a moverse de sus añejos pedestales. Hada sentía que un frío horror, que una sensación de miedo invencible penetraba en su cerebro gota a gota.

Bisbiseó:

—Apenas se ve nada… Así podemos caer en cualquier trampa.

—Pero sería peligroso encender otras luces…

—Las ventanas están cubiertas por gruesas cortinas. No lo notarán. Espera.

—¿Esperar qué?

—Hay una palanca junto a la puerta. Debe ser la que enciende las luces que dan relieve a las estatuas. La moveré, y nos sentiremos más seguros.

—Ten cuidado, Hada. O, mejor, deja que eso lo haga yo.

—¿Por qué? ¿Qué peligro corro? Es sólo un momento, James.

Y la muchacha se dirigió hacia el exterior, donde estaba la palanca que antes le llamara la atención.

La movió.

Le parecía que hacía lo más natural del mundo.

Pero de pronto sus nervios sufrieron una terrible sacudida. De pronto, se dio cuenta de que no se encendía ninguna luz.

Al contrario… ¡La sala en que estaba James se cerró herméticamente! ¡Movida por el impulso eléctrico, la puerta giró sobre sus goznes!

¡Hada había quedado aislada!

¡Acababa de mover un resorte de seguridad que separaba las salas para evitar robos!

Su garganta se rompió en una especie de estertor. Tuvo la sensación de que chillaba desesperadamente.

Pero en realidad, apenas un murmullo escapó de su garganta. No tenía fuerzas ni para chillar. Golpeó desesperadamente la puerta tras la que se encontraba James hasta tener la sensación de que se le rompían los puños.

—¡James! ¡Tienes que sacarme de aquí! ¡Sacarme de aquí! ¡Sacarme de aquí!…

Repetía desesperadamente la misma frase sin darse cuenta. Sus ojos estaban desencajados. Cayó de rodillas, sollozando.

Nadie la oía.

Ni siquiera James, porque la puerta era doble y, además, tenía en el centro material aislante.

Claro que también James golpeaba rabiosamente por el otro lado la hoja de madera claveteada. Y también él se daba cuenta, con desesperación, de que todo era inútil.

De pronto la muchacha oyó un crujido a su espalda.

Miró hacia atrás, hacia el otro lado del pasillo, hacia la sala lívida donde estaban los sarcófagos.

Y de pronto… ¡lo vio!

¡Vio cómo se alzaba, poco a poco, la tapa de uno de ellos!

¡Y entre las sombras flotaba más suave, más bella, más vaporosa y siniestra que nunca, la figura de Isadora Nubel!

CAPÍTULO XXI

Los ojos de Isadora giraron un momento en el vacío. Otra vez tenían aquel brillo hostil, amarillo y maligno. Eran como los de un gato que ve en la oscuridad y poco a poco buscaron la figura de Hada.

Se clavaron en ella como dos puñales. Isadora sonrió de una forma lejana, inexpresiva, exactamente como hubiera podido sonreír una muerta.

Y avanzó poco a poco.

Había una expresión atroz en su rostro.

Un odio que parecía llegar desde el fondo de los siglos palpitaba en ella. Unas manos que ansiaban matar se tendieron hacia la muchacha.

Ésta quiso chillar. Quiso chillar toda su angustia y todo su miedo, pero tampoco sus cuerdas vocales respondieron. Parecían haberse roto. Sus ojos, desencajados, vieron acercarse aquella figura que era la de la propia muerte.

Fue un auténtico zarpazo.

Las uñas de Isadora se clavaron en su cuello. Hubo una rabia infinita en aquel gesto, una rabia que estaba más allá del tiempo. La sangre brotó y a Hada le pareció que se sumergía en una especie de nube roja.

Los dientes buscaron su cuello.

No eran unos dientes afilados, no eran los que Hada siempre pensó —en los sueños delirantes de su infancia— que debían tener los vampiros. Eran unos dientes perfectos, sanos, normales, pero tan afilados y fuertes como los de un tigre.

Se hundieron en la piel de la muchacha.

Ésta sí que gritó atrozmente ahora, mientras sentía esa especial debilidad, esa indefensión que precede a la muerte. James oyó el grito desde el otro lado de la puerta mientras corría hacia una de las ventanas para tratar de jugárselo todo a una carta.

Pero ya no llegaría a tiempo.

La sangre iba brotando con rapidez. Los ojos de Isadora estaban terriblemente fijos. Cada vez clavaba con más fuerza las uñas, aquellas uñas que eran como el símbolo de su odio.

Hada ya no luchaba.

No sentía ni siquiera dolor. Estaba como hundida en las brumas de su propia muerte.

Y de pronto, todo cambió. De pronto, aquella voz…

—¡No lo harás, maldita! ¡No lo harás otra vez!…

Isadora Nubel apenas pudo volverse.

La terrible cuchillada le seccionó el cuello. La nube roja se hizo más ancha, más terrible, pero esta vez la envolvió a ella también.

Graf tenía los ojos desencajados.

No despedían ya una luz amarilla.

Era como una lucecita negra.

Una mueca de dolor crispaba su boca. Se sentía más desdichado, más aterrorizado que en cualquier otro momento de su larga vida. Los momentos de pesadilla que había pasado siglos antes, cuando vio morir a su hija, se repetían otra vez. Pero ahora luchaba.

Ahora, de entre sus labios crispados, brotaron unas frases roncas, entrecortadas, tensas…

—Lo he leído en los viejos documentos que ahora se exhiben aquí, Isadora… Esos documentos que yo no conocía, pero que fueron hallados en la comarca… ¡Fuiste tú la que provocó la invasión del castillo! ¡Fuiste tú la que hizo matar a mi hija! Tenías celos, ¿no?… Pensabas que el amor que sentía por ella era más fuerte que el que sentía por ti… ¡y la hiciste desaparecer para siempre!

Vio los ojos desencajados de Isadora. Notó que la vida se le escapaba a chorros, porque lo que no podía conseguir la mano de un hombre normal podía conseguirlo la de un monstruo de su misma clase. En sus labios hubo otra vez aquella mueca de dolor. Por primera vez, quizá desde que el castillo existía, parecieron brotar lágrimas de los ojos de Graf.

—Te lo hubiera perdonado… —susurró—. No lo hubiese mencionado jamás si no llegas a intentarlo otra vez. Tu odio ha durado demasiados siglos, Isadora… No tenías que haber intentado matar a esta muchacha sólo porque se parece a mi hija…

Ahora los ojos de Isadora Nubel estaban vidriosos. Ya no veían. El peso de los siglos había dejado de existir para ella. Las manos crispadas cayeron para siempre a lo largo del cuerpo, mientras se desplomaba a un lado de la pared.

Graf arrastró entonces a Hada. Su concepto del amor tenía unas leyes que Hada no entendería jamás, porque el amor de Graf estaba destinado a durar eternamente. Para eso tenía que convertir a Hada en lo que había sido Isadora, tenía que convertirla en su compañera infatigable, en otro fantasma de horror, en la sustituta de la que siglos antes fue su hija…

—Ven… —bisbiseó—. Bastará una noche en esos sarcófagos para que yo te dé una nueva vida… Ven… Tu existencia durará eternamente…

Las palabras penetraron poco a poco, como gotas de veneno, en el cerebro de la muchacha. Se dio cuenta de lo que le esperaba. Se dio cuenta de lo que podía ser para ella… *aquella especie de vida eterna.*…

Se resistió con todas sus fuerzas, pero le era imposible luchar contra Graf. Éste la arrastraba lenta e implacablemente. La llevaba hacia las viejas tumbas.

—Ven…

Su voz parecía llegar desde el fondo del tiempo.

Estaban ya casi al otro lado del pasillo, bajo las luces violáceas.

Y entonces vio la muchacha surgir a James. Éste se había deslizado por la fachada del castillo, en un temerario viaje de ventana a ventana, hasta alcanzar la que correspondía a la sala de los sarcófagos. Cuando vio lo que iba a ocurrir con Hada, de

su garganta escapó un grito de odio.

O quizá fue también de dolor. En aquel momento hubiera sido incapaz de explicar lo que sentía. Sujetó a Graf por la cintura, lo levantó en vilo y lo estrelló contra la pared. De los labios exangües de Graf sí que escapó un auténtico alarido de rabia.

Una daga florentina como las que había usado tantas veces apareció en su mano derecha. Hizo con ella un brusco zigzag mientras se lanzaba en tromba sobre James.

Pero éste no era un novato. Tenía una precisión de movimientos de auténtico judoka. Esquivó la puñalada, sujetó a Graf por el brazo derecho y lo volteó de nuevo contra la pared.

Pero Graf volvió al ataque.

Parecía como si los golpes no le causaran el menor efecto, como si estuviera por encima de las flaquezas humanas.

Aquello convenció a James de que no conseguiría nada luchando normalmente. A lo máximo que podía aspirar por aquel camino era a salvar la piel. De modo que empleó la única arma que en este momento le pareció eficaz, por el hecho de que procedía del mismo castillo.

Era uno de los atizadores de la monumental chimenea que ocupaba parte de la pared. Aquel atizador siempre había estado allí, y, por lo tanto, pertenecía a los Graf. Era una de las pocas armas en este mundo que podían hacerles daño. Sólo de sus propias armas, de sus propios hierros, malditos por el destino, podían llegar a ser víctimas.

El monstruo se lanzó de nuevo.

Estaba ciego de odio.

No había soltado aún su daga florentina, y confiaba en ella. Llevaba siglos usándola. Nadie la manejaba como él.

Pero estaba ante un hombre que sabía luchar y que, además, estaba tratando de salvar a la mujer a la que quería. Eso centuplicaba sus fuerzas. James logró esquivarle de nuevo y propinó un terrible, un seco golpe en el cuello de Graf.

Las vértebras de éste parecieron romperse. Sonó un terrible chasquido.

¡Pero Graf no cayó!

Volvió a atacar de nuevo, ahora bamboleándose. Y entonces el brazo derecho de James salió disparado. Al extremo de éste, aquella pieza de hierro parecía una espada.

La hundió hasta el fondo del corazón de Graf.

Hacía falta una fuerza casi sobrehumana para conseguir eso, a causa de la punta roma del atizador, pero James la tenía. La espantosa brecha que se abrió en el pecho de Graf hizo brotar un torrente de sangre. Alcanzado en su único punto vital y con una de las viejas armas de su familia, el último descendiente de los Graf, el último monstruo, cayó de rodillas mientras sus ojos se desencajaban.

Tendió las manos hacia el vacío.

Hacia la vida que dejaba atrás…

Y cayó de bruces, mientras su piel se apergaminaba, se tensaba como si fuera a

romperse. Sus manos quedaron espantosamente quietas. Su boca quedó crispada en una última y definitiva mueca.

James dejó caer el atizador.

Era ahora cuando las fuerzas parecían abandonarle. Era ahora cuando se daba cuenta plenamente de todo el horror del mundo que le rodeaba.

Tomó a la muchacha en sus brazos.

Ella sollozaba espasmódicamente.

—Ya no debes temer nada —musitó él—. Nada, pequeña… Aunque quizá nos clave una multa el Estado rumano por haber estropeado la leyenda de uno de sus museos…

CAPÍTULO XXII

Una fina lluvia caía sobre Nueva York. El aire era quieto y helado. Se sentía uno bien allí, en aquel piso alto de la Sexta Avenida, mientras las partes bajas de Manhattan se extendían debajo de la mirada, hasta llegar a la línea gris del Hudson. Nunca a James le había parecido el Hudson tan plomizo y tan gris. Nunca Nueva York había tenido aquel aspecto tan íntimo y al mismo tiempo tan mortuorio.

¡Qué distinto resultaba todo del castillo de los Graf! ¡Qué distinto aquel mundo del mundo que habían abandonado!

Hada y él llevaban ya tres meses casados y cada vez se sentían más compenetrados, más unidos. Los peligros pasados en común les habían dejado una unión que las otras parejas no tenían. Ni una nubecilla, ni el anuncio de un dolor turbaba su horizonte.

Aunque… En fin, quizá sí, quizá había algo, pero carecía totalmente de importancia. Hada, que era una auténtica experta en pintura, tan experta casi como James, se encerraba a veces en su estudio y pasaba allí, solitaria, horas y horas.

Como, por ejemplo, en este momento.

Llevaba el domingo entero sin salir. James estaba acostumbrado a respetar su trabajo, pues ambos tenían encargos que acaparaban toda su atención y exigían una gran soledad para resolverlos dignamente. Pero lo de Hada ya le parecía exagerado. Temía que llegase a perder la salud.

De modo que se decidió.

Al fin y al cabo, quizá él pudiera ayudarla. Un trabajo entre dos se resuelve a veces en un santiamén.

Golpeó con los nudillos en la puerta.

—Hada… ¿Estás ahí, Hada?

Ella no contestó.

Se encontraba tan ensimismada en su trabajo que no se había dado ni cuenta de que llamaban.

—Hada…

Al fin, James arqueó una ceja.

Bueno, quizá ya era demasiada distracción aquélla…

Hizo girar el pomo y empujó la hoja de madera. Vio la alegre habitación, muy luminosa y orientada al mediodía, en que trabajaba Hada. Incluso en un día gris como aquél, estaba envuelta en una luz poética y dulce. La muchacha, completamente ensimismada, trabajaba ante un caballete.

Allí estaba la pintura con la que había vivido obsesionada durante los últimos días. Una pintura que hasta aquel mismo momento no habían podido ver los ojos de James.

Los párpados de éste temblaron un momento.

Hada seguía ensimismada.

Ni siquiera se dio cuenta de que alguien la observaba desde la puerta.

Los dos rostros que pintaba, de memoria, en aquel cuadro eran perfectos. Para uno de ellos podía tener un modelo ilustre, que era el cuadro de la Fundación Rockefeller. Para el otro no necesitaba nada, porque lo llevaba clavado en la mente.

Desde el fondo de los siglos, Graf e Isadora volvían a mirar al mundo a través de aquel cuadro. Su expresión era enigmática. Sus ojos daban tal sensación de vida que hacían estremecer.

Sobre todo el de Graf.

Quizá era el que Hada había tratado con más cariño.

James sintió que se le secaba la boca.

Pero no hizo ningún comentario. No interrumpió a Hada. Cerró la puerta sin que ésta se diera cuenta.

Volvió junto a la ventana, pensativamente.

La tormenta empezaba a amenazar el cielo de Nueva York. Un viento helado llegaba, a través del Atlántico y subiendo por el Hudson, desde las costas de la vieja Europa.

F I N

FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y

por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] «Gracias, camarada». <<

[2] Antonescu fue el representante de Hitler cerca del rey Miguel de Rumania, hijo de Carol y de la reina Elena. Convertido en auténtico dictador militar, hizo participar a su país en la Segunda Guerra Mundial al lado de las potencias del Eje, la derrota de las cuales precipitó su caída y su muerte. En cambio el rey Miguel fue respetado en su trono por los vencedores, hasta que profundos cambios políticos en el país le forzaron a abandonarlo. *(N del A.)*. <<